

CAPITULO X

EL AMOR Y LA PSICOLOGIA DE LA VIDA EROTICA

En el curso de nuestra investigación nos hemos ido aproximando gradualmente al objeto de nuestro interés principal, adquiriendo a la par un conocimiento cada vez más detallado de la vida amorosa de los indígenas. Comenzamos haciendo un examen general de la organización social y de las actividades económicas de los indígenas, en lo que una y otras afectan a la situación relativa del hombre y la mujer en la comunidad. Hemos estudiado sus asociaciones y diversiones, asistido a su vida pública y privada, a sus trabajos y a sus juegos, a sus ceremonias mágicas y religiosas, así como también a su vida cotidiana.

Acercándonos más y más a nuestro especial objetivo, hemos seguido el proceso típico de las relaciones amorosas hasta su conclusión natural: el matrimonio y la creación de nuevos vínculos parentales. En el último capítulo describimos ciertas costumbres que enriquecen y dan variedad al curso normal de las relaciones amorosas.

En este capítulo debemos observar más detenidamente las relaciones de los amantes para descubrir la naturaleza del interés que los anima y la de los lazos que los unen.

En el curso de mi exposición he procurado siempre no sólo presentar la norma, sino indicar también las excepciones, trazar lo que podríamos llamar la amplitud de desviación, el margen en el que intentan las gentes, y algunas veces con éxito, esquivar la regla estricta. Ahora, cuando vamos a proceder al estudio de la conducta íntima de los individuos, a la que corresponde una mayor elasticidad de la norma, no podemos esquivar la necesidad realmente imperativa de dar una descripción dinámica de la manera como obra una institución o una regla, más bien que de cómo deberían operar la ley y la moral según la teoría indígena.

En general, a medida que el etnógrafo se aleja de las grandes y bien definidas instituciones fundamentales, tales como la familia, el matrimonio, la organización del parentesco, los clanes, la exogamia, las reglas del noviazgo, para abordar los múltiples detalles de la vida personal, sus métodos de observación se hacen más complejos y menos seguros los resultados obtenidos. Esto no tiene remedio; pero, para consolarnos, podemos recordar que, aun en las ramas más exactas del pensamiento y la experiencia humanas, un resultado teórico sólo es susceptible de comprobación hasta ciertos límites. Las observaciones humanas, aun las

más exactas, sólo son aproximativas, y todo lo más que pueden hacer un químico y un físico es indicar los límites en que el error se halla confinado. Cuando el etnógrafo estudia instituciones integrales, tales como el matrimonio o la familia, debe fiarse de su propia observación más que de lo que los informadores indígenas le digan, si es que quiere que su investigación se acerque a la realidad lo más posible. Pero, desgraciadamente, no siempre puede seguirse esta regla cuando se trata de más sutiles modalidades de conducta. La observación directa es difícil siempre que se trate de estudiar la atracción sexual y el desarrollo de una pasión y hasta es imposible a menudo, y en gran parte se ve uno obligado a contentarse con lo que las confidencias y la chismografía le enseñan.

El etnógrafo debe estar siempre alerta, a fin de no dejar escapar nada de cuanto pasa en torno suyo. Armándose de paciencia, debe procurar penetrar en la vida de la aldea y trabar amistades personales aptas para estimular las confidencias espontáneas y las conversaciones íntimas frecuentes. Debe controlar las afirmaciones explícitas, confrontándolas con las observaciones que se les escapen a sus interlocutores en los momentos de distracción y cuyo contenido implícito procurará comprender, teniendo en cuenta las reservas y reticencias. Estas reservas y reticencias son siempre más instructivas que las afirmaciones directas, y muy especialmente entre estos indígenas, en los que el sentimiento de la delicadeza está desarrollado de tal manera que nunca tratan de estos temas sino de una manera indirecta y por alusiones. Ciertamente, se les puede obligar a hablar directamente, pero a riesgo de provocar una actitud mental artificial y falsa y de obtener resultados que no serán sino un reflejo pálido y descolorido de la vida real.

De este modo es en los asuntos más delicados en los que el etnógrafo se ve reducido a contentarse, en gran parte al menos, con lo que le cuentan. Pero si vive bastante tiempo entre los indígenas, si habla su lengua y ha logrado crearse relaciones personales, puede estar seguro de obtener informaciones bastante útiles. Indudablemente, mucho más útiles que las que se obtienen sonsacando mecánicamente, por así decirlo, respuestas para un cuestionario establecido de antemano, y esto mediante tantas barras de tabaco por hora.

Para el melanesio, como para el europeo, el amor es una pasión, un tormento corporal y espiritual más o menos grave, que concluye para muchos en un *impasse*¹, un escándalo o una tragedia; más raramente ilumina la vida y llena el corazón de una alegría desbordante. "La boca hablaba mientras desbordaba el corazón", y el frío etnógrafo debe anotar cuidadosamente las confidencias que le son hechas a impulsos de una fuerte emoción personal. Y también puede ser para el investigador una ayuda preciosa el comentario de quienes, sin estar afectados directamente por el asunto, se interesan por él hasta el punto de comentarlo, sobre todo cuando se trata de un asunto desgraciado, *puisqu'il y a tou-*

¹ Sic en el texto: atolladero. (N. del T.)

*jours quelque chose dans les malheurs de nos amis qui ne nous déplait pas*¹.

Las confidencias espontáneas y los chismes de aldea provocados por un interés ingenuo, los relatos de tragedias antiguas y las historias de aventuras eróticas, tales son las fuentes de que hemos extraído la mayor parte de los materiales en bruto que forman la base de la descripción hecha en este capítulo, y el conocimiento directo que teníamos de ciertas historias y aventuras nos ha permitido adoptar una perspectiva correcta, colocarnos en el punto de vista de los indígenas para juzgar las cosas. Y aun a menudo nos ha sido posible pasar por sobre las afirmaciones explícitas de aquéllos, comprobar que sus actos y sentimientos desmentían sus palabras y seguir así hasta el fin el hilo de nuestras deducciones.

Sin duda el lector recuerda las desventuras de Bagido'u, uno de mis mejores amigos e informadores (fot. 64 y cap. VI, sec. 1); las animosidades y querellas que separaban a Namwana Guya'u y Mitakata (fot. 3 y cap. I, sec. 2), al fanfarrón Gomaya y sus relaciones con Ilamweria (fot. 39 y cap. VII, sec. 4). Me hubiese sido imposible lograr una noción exacta de las reglas, las costumbres y las ideas morales de los indígenas sin las confesiones que a uno y otro respecto me hicieran los amigos cuyos nombres acabo de recordar.

Al lado de estos materiales, sacados, por así decirlo, de la vida misma, procuré siempre, naturalmente, hacer acopio de "documentos" objetivos: relatos de acontecimientos históricos, hechos transmitidos por la tradición, folklore y magia. De este modo, mis impresiones generales y mis intuiciones profundas, pero un poco vagas, sufrieron siempre el control de los datos que me suministraban todas las esferas de la vida de la tribu. En efecto, cronológicamente, los "documentos" se obtienen usualmente primero, pero su verdadera comprensión sólo puede darla el conocimiento de la vida real.

Al lector que le interese la metodología no le será difícil admitir que esta exposición, hecha con ayuda de versiones cumulativas, es decir, que comienza por las instituciones para llegar —pasando por la descripción general de una vida individual— al análisis detallado e íntimo como el que va a seguir, está conforme, no sólo con la naturaleza de los materiales, sino también con la manera de recogerlos.

Después de esta digresión sobre el método de reunión y presentación de materiales, regresemos nuevamente a una aldea trobriandesa y aproximémonos a un grupo de gente moza que, con ánimo festivo y atavíos de gala, juega a la luz de la luna; procuremos verlos tal como se ven unos a otros; espiemos sus atracciones y repulsiones. Hasta ahora, nos hemos mantenido discretamente alejados de la conducta íntima, de los móviles y de los sentimientos de los enamorados. Nunca, especialmente, hemos tratado de asistir a sus caricias apasionadas. Ahora procuraremos reconstruir la historia de una intriga personal, comprender las primeras

¹ Sic en el texto: ya que siempre hay en las desgracias de nuestros amigos algo que no nos disgusta. (N. del T.)

impresiones producidas por la belleza y el encanto y seguir hasta el fin el desarrollo de una pasión.

1. Atracción erótica

¿Qué es lo que hace que los mozos miren extasiados a tal o cual muchacha que, con un grupo de mozas, se mueve rítmicamente en un juego o va y viene, con una cesta a la cabeza, durante la recolección? ¿Qué es lo que fascina a las muchachas en uno de los bailarines que conduce la ronda de ágiles corredores en una danza *kaydebu*? (véase fot. 65). ¿Podremos descubrir las razones por las cuales un representante de uno u otro sexo es universalmente rechazado, en tanto que tal otro es ardientemente buscado? ¿Por qué tales mozos y tales muchachas se consideran vulgares y desprovistos de todo atractivo, en tanto que se proclama a otros bellos y deseables? Una vez acostumbrado al tipo físico y a las maneras de los melanesios, el observador europeo no tarda en observar que su criterio sobre el encanto personal no difiere esencialmente del de los indígenas. Así, por ejemplo, la muchacha de la fot. 66 es considerada como una belleza, en tanto que la de la fot. 67 pasa por vulgar. Sin duda, el lector no contradecirá esta opinión. No obstante, esta última es una mujer bien formada y de pronunciado tipo melanesio. Es difícil, y, en todo inútil, expresar el criterio estético de los indígenas con ayuda de frases y comparaciones europeas. Afortunadamente, poseemos cierto número de expresiones, descripciones y categorías indígenas que suministran lo que podría considerarse como materiales objetivos, con ayuda de los cuales, y teniendo por guía el comentario del etnógrafo, es posible hacerse una idea casi exacta del ideal de belleza de los trobriandeses.

Debe tenerse en cuenta que el problema del encanto erótico, de que ahora nos ocupamos, no tiene nada que ver con el que sirvió de tema al capítulo IV y que se refería a los móviles que impulsan a un hombre o una mujer indígena a contraer matrimonio. A este respecto, vimos que la preferencia personal, no obstante ser un factor importante en la decisión que lleva al matrimonio, no era sino uno de los muchos factores de orden social, económico o doméstico que intervenían en aquella decisión. Y aun en los casos en que ésta es dictada por la preferencia personal, los móviles eróticos no son exclusivos. Un hombre o una mujer de edad madura escogerán a menudo un compañero doméstico absolutamente diferente de aquel al que habían consagrado la mejor parte de su juventud. Frecuentemente, el matrimonio es determinado más por la compatibilidad de caracteres y personalidades que por la compatibilidad sexual o la seducción erótica. Ya tuve ocasión de señalar este hecho, cuya confirmación encuentro en muchos casos concretos y en múltiples detalles. Tan sólo en las intrigas pasajeras el simple encanto corporal ejerce la atracción principal. Volvamos, pues, a nuestra imaginaria pareja y procuremos descubrir lo que los enamorados ven, como tales, en uno y otro.

Cuando se habla de amor en una novela o en antropología, es más

fácil y más agradable imaginar personajes realmente dignos de admiración. En las islas Trobriand, a pesar de nuestros gustos europeos y de nuestros prejuicios de razas nórdicas, no es difícil encontrarlos; pues, entre una variedad considerable de tipos, se encuentran hombres y mujeres de rasgos finos y regulares, de cuerpos bien formados y flexibles, de piel clara, dotados de ese encanto personal que nos predispone en favor de un individuo de una nacionalidad o de una raza.

Las descripciones verbales de un tipo racial son siempre pálidas y poco convincentes. Pueden estar hechas en términos antropométricos y respaldadas por datos numéricos útiles para el antropólogo que estudia los caracteres físicos de la raza, pero que no lograrán estimular la imaginación. Hará mejor el lector examinando las fotografías de este libro y de otras obras en que se describe a los trobriandeses¹ y escuchando con atención lo que los propios indígenas tienen que decir sobre la belleza y la fealdad.

Jamás se quedan cortos los indígenas cuando se les pregunta de qué elementos se compone la belleza personal de un hombre o una mujer. Este es un tema por el que se interesan en no menor grado que todos los demás seres humanos, tema que está, además, rodeado entre ellos por un rico folklore, necesitando por ello un vocabulario bastante extenso. Muchas de sus leyendas y cantos han sido compuestos especialmente para exaltar a un cantor o bailarín célebres, y en estos textos se encuentran descripciones de adornos y vestidos y frases expresivas referentes a la apariencia personal. Los encantamientos empleados en la magia de la belleza suministran indicaciones instructivas sobre los deseos e ideales de los trobriandeses, y otro tanto puede decirse de las lamentaciones fúnebres y de las descripciones de la vida bienaventurada en Tuma, país de los muertos.

Pero, a pesar de transmitirse de generación en generación, apoyada por numerosos detalles descriptivos, la fama y la tradición de bellezas célebres, es difícil que el etnógrafo encuentre un modelo vivo que sirva a su investigación. Cuantas veces pregunté a gentes de edad, que pretendían ser expertas en belleza, si encontraban entre las mujeres vivas quienes pudiesen rivalizar con las radiantes divinidades de que sus padres y ellos mismos guardaban memoria, recibí una respuesta negativa. ¡La Edad de Oro de la verdadera belleza parece haberse desvanecido para siempre!

2. Repulsión por la fealdad, la vejez y la enfermedad

Tratemos de acercarnos al ideal de belleza procediendo por eliminación y veamos qué es lo que, para el indígena, hace fea y repulsiva a una persona y, por consecuencia, inaceptable desde el punto de vista erótico. Las deformidades y enfermedades del cuerpo y del espíritu, la

¹ La de Mr. C. G. SELIGMAN, por ejemplo (*op. cit.*) y *Argonauts of the Western Pacific*. Respecto a los datos antropométricos comparados relativos a melanesios y papúes, véase "A classification of the Native of British New Guinea", *Journal R. Anthropol. Inst.*, vol. XXXIX, 1909, por C. G. SELIGMAN.

vejez y el albinismo: he aquí lo que, según los indígenas, quita a un individuo todo interés erótico. Las expresiones *migila gaga* (su fea cara) y *tomigaga* (hombre feo, literalmente hombre-rostro-feo) se usan frecuentemente, acompañadas a menudo de este comentario: "Nadie querría acostarse con él."

Las deformidades son raras; no recuerdo haber visto un solo jobado o personas que tuvieran otras deformidades congénitas. Un hombre puede perder un miembro por accidente: *kaykela ipwase* (su pierna se ha ido en podredumbre); *yamala ipwase* (su brazo se ha ido en podredumbre); pero los defectos congénitos más frecuentes son los de la palabra que los indígenas designan con el vocablo *tonagowa*, que sirve también para designar el idiotismo y la imbecilidad.

En el folklore, los personajes dotados de un carácter malo y repugnante presentan, además, toda suerte de deformidades y anomalías corporales. Dokonikan, el ogro más famoso del folklore de Kiriwina, posee varias filas de dientes y no puede hablar correctamente. En ciertos cuentos figuran mujeres cubiertas de vello y hombres de cuerpos repugnantes.

No hay para qué decir que las enfermedades tales como llagas, úlceras y erupciones cutáneas se consideran como especialmente repugnantes desde el punto de vista de los contactos eróticos. También se las considera como el castigo habitual que acarrea la violación de ciertos tabúes. Muchos de estos tabúes son observados, en efecto, únicamente por la gente moza, y no tienen otra *raison d'être*¹ que el preservar su piel de llagas. Así, pues, pueden llamársele tabúes específicos de belleza. De este modo, considérase peligroso comer pescado que no sea muy fresco o que tenga un sabor demasiado fuerte. Ciertos peces cubiertos de escamas y manchas anormales están prohibidos igualmente a la gente joven. Los jóvenes deben abstenerse de comer ñame y pescado que no haya sido cortado por un instrumento cortante. Otros tabúes similares deben ser observados por los hombres que se disponen a emprender una expedición marítima; los indígenas dicen que sólo deben comer "buen pescado", a fin de que sus rostros sean bellos².

El estar afligido por esa desagradable enfermedad de los trópicos —particularmente frecuente entre los melanesios— que lleva el nombre de *gusano anular*, y que cubre la piel de escamas que hacen un ruido continuo, se considera una gran inferioridad, y los que la sufren no se juzgan nunca bellos, cualquiera que sea la delicadeza de su rostro. Pero esta enfermedad no constituye un obstáculo absoluto y no impide las relaciones amorosas. A causa, sin embargo, de su carácter repugnante y de su naturaleza contagiosa, presenta graves inconvenientes para el etnógrafo que constantemente tiene que ver con indígenas que la sufren y tarda mucho tiempo en habituarse a ella.

La edad avanzada constituye un serio *handicap* en los asuntos de la galantería. La mitología misma hace resaltar el contraste entre la vejez

¹ Sic en el texto: razón de ser. (*N. del T.*)

² Véase *Argonauts of the Western Pacific*, pág. 336.

repulsiva y la juventud atrayente. Un héroe, que fracasa a causa de su apariencia de hombre de edad, sufre un rejuvenecimiento, después del cual obtiene lo que desea. Comienza el mito por una enumeración implacable de todos los estigmas con que la mano del tiempo marcó al héroe: piel arrugada, canas, mandíbulas desdentadas. Viene luego la descripción del cambio mágico: su rostro se redondea, las líneas de su cuerpo se hacen regulares y dulces y brillante su piel, su cabeza se cubre con una negra y espesa cabellera y, a través de sus labios bermejos, se ven brillar sus bellos dientes negros. A partir de este momento, el héroe puede obtener los favores de todas las mujeres que desea e imponer su voluntad a los hombres y al destino. Cuadros semejantes se encuentran en dos de los mitos principales relativos a la *kula* (intercambio ceremonial), que desempeña un papel tan importante en la vida de la tribu y presenta muchas afinidades psicológicas con sus intereses eróticos. Pero también se encuentran cuadros similares en el mito del rejuvenecimiento, en las ideas indígenas sobre la vida futura y en algunos cuentos de hadas¹.

La obesidad es en extremo rara, y en sus formas más pronunciadas se considera como una enfermedad. La calvicie es relativamente frecuente. Se considera como defecto, y la palabra *tokulubakana* (hombre calvo; literalmente: hombre-occipucio-espacio-vacío) implica cierta crítica. Pero para un hombre de Kiriwina es éste un mal menos irreparable que para su contemporáneo europeo, pues en aquella isla bienaventurada las pelucas están siempre de moda (fot. 68). Se usa ya una faja de cabellos atada en torno de la frente, especie de corona hecha de pequeños fragmentos, ya una verdadera peluca que cubre todo el cráneo. La peluca se confecciona cosiendo mechones de cabellos sobre un casquete adaptado al cráneo y hecho de fibras o de cuerdas trenzadas. En cuanto a los cabellos, es fácil procurárselos, ya que las costumbres del luto exigen que todos los miembros de la comunidad afligida, excepción hecha de los miembros del clan a que pertenecía el difunto, corten al rape sus hermosas greñas.

No es ésta, por otra parte, la única costumbre luctuosa que tiende a disminuir los encantos personales. La transformación exterior impuesta por el luto representa, en cierta medida, la idea que los indígenas tienen de la fealdad. La cabeza rapada, el cuerpo ennegrecido por una espesa capa de grasa y carbón, vestidos incoloros e intencionalmente manchados, ausencia de adornos y abstención de perfumes, tales son los signos extremos que expresan el dolor. Para tener una idea de la transformación que sufre una mujer que se halla de luto, bastará al lector examinar la fotografía número 92 de este libro, y que representa a dos muchachas, igualmente bonitas en las condiciones normales, pero afeada entonces una de ellas por las exigencias del luto. En efecto, la idea de que la mujer de luto debe afearse para no atraer a otro hombre, se halla explícitamente expresada por los indígenas e implícita en todo

¹ Para el mito *kula*, véase *Argonauts...*, págs. 307-310 y 322-324, así como *Myth in Primitive Psychology*, 1926.

el conjunto de prácticas mortuorias, aparte de la alteración de la apariencia exterior (véase cap. VI).

Las condiciones esenciales del encanto personal son ahora evidentes: formación normal del cuerpo, salud, ausencia de desórdenes mentales y funcionales, cabellera abundante, dientes sanos y piel suave; signos todos de vigor y de buena constitución.

Pero sobre este punto hay que hacer una reserva importante. Los indígenas hablan con tal horror de la fealdad bajo todas sus formas y manifiestan en su comportamiento tal repulsión por ella, que sería imposible dudar de sus palabras. En efecto, un albino, un idiota o un hombre afligido por una enfermedad de la piel, en los juegos y diversiones es dejado tan al margen, que su soledad y aislamiento despiertan la compasión hasta en el frío corazón de un etnógrafo. La observación parece, pues, confirmar plenamente la afirmación unánime de los indígenas, según los cuales las relaciones sexuales son absolutamente negadas a todas estas gentes, que, de este modo, se verían reducidas a emplear medios de satisfacción solitaria. No obstante, comencé a dudar del asunto cuando, en el curso de mi investigación, oí formular la misma afirmación, apoyada por algunos ejemplos, a título de prueba, de la posibilidad de que una mujer tuviese hijos sin tener relaciones sexuales (véase capítulo VII, secciones 3 y 4). Tilapo'i (para citar casos ya mencionados) tenía un hijo y Kurayana nada menos que seis; por otra parte, muchas mujeres albinas habían sido gratificadas con una prole numerosa. Y, sin embargo, "nunca un hombre querría acercarse a ellas; tan repulsivas son"; tal era la premisa mayor del silogismo, sobre el valor del cual sabía tal vez más de uno de mis informadores a qué atenerse.

Las investigaciones que siguieron a mi descubrimiento de esta discrepancia me revelaron el hecho asombroso de que la fuerte y, sin duda, sincera repulsión experimentada por una persona del sexo contrario, no impedía a un melanesio tener relaciones sexuales con esta persona. Este hecho se relaciona probablemente con la forma de realizar el acto fisiológico. He podido comprobar que hasta las personas más feas y repugnantes tenían relaciones sexuales, y esto no sólo de una manera esporádica, sino regular. Orato'u, un *tonagowa* (que en este caso significa no un idiota, sino un hombre afligido por una pronunciación defectuosa y una deformación repugnante del rostro), puede obtener siempre los favores de las bellezas de Omarakana, residencia del jefe, del que Orato'u es el brazo derecho, y cuyas mujeres, según dicen, conoce íntimamente. El albino de la fotografía 38 ha tenido diversas y notorias aventuras amorosas. En la mayoría de las aldeas en que trabajé conocí viejas realmente repugnantes que encontraban fácilmente, sobre todo si sus maridos eran de rango elevado, amantes jóvenes y seductores.

Cuando hablé de esto con mi amigo, el difunto Billy Hancock, de Gusaweta —comerciante de excepcional inteligencia y uno de los hombres más finos que he conocido—, me dijo que desde hacía mucho tiempo había llegado a la misma conclusión que yo, y me citó de memoria numerosos y sorprendentes ejemplos, especialmente de mujeres "más repugnantes de lo que podría soportar un marinero ebrio", lo que no les

impedía encontrar hombres dispuestos a tener relaciones sexuales con ellas. También me contó una curiosa experiencia hecha por un médico oficial, empleado especialmente en las islas Trobriand para el tratamiento de las enfermedades venéreas. Este funcionario se quedó estupefacto un día al observar que todos los mozos de una comunidad estaban atacados por una blenorragia muy virulenta y manifiestamente reciente, en tanto que todas las mujeres con las que podía sospecharse tuvieran relaciones estaban perfectamente sanas. El médico logró finalmente que uno de sus pacientes le confesara que él y sus compañeros habían tenido relaciones, entre otras, con una mujer tan vieja, fea y decrepita que el médico no había siquiera juzgado necesario someterla a examen en el curso de sus numerosas inspecciones. Pudo comprobarse que había sido ella quien propagara la infección, y se supo que desde hacía mucho tiempo usaba toda clase de medios persuasivos para atraerse a los jóvenes. Después de este descubrimiento, los mozos procuraron quitarle importancia al asunto, echándolo a broma, pero, en el fondo, se sentían muy mortificados. En presencia de estos hechos y de otros análogos que les cité, mis informadores adoptaban una actitud "ambivalente". Admitían que ciertos individuos copulasen con mujeres repulsivas, pero viendo en ello simplemente una prueba de que tales individuos no se hallaban sanos de espíritu.

Fue ésta para mí una nueva ocasión de ver hasta qué punto la convención (ideal de conducta) obsesiona el espíritu de los indígenas, pero sólo superficialmente, controlando, no su comportamiento, sino sus expresiones. Cuando se trata de cosas de las que le es desagradable hablar y que por nada del mundo quisiera haber hecho, el indígena se contenta con negar su realidad con terquedad y firmeza, sabiendo perfectamente que tales cosas suceden y, tal vez, bajo su mismo techo. *Tout comme chez nous!*¹.

3. Belleza del rostro y del cuerpo humanos

Vigor, vitalidad y fuerza; un cuerpo bien proporcionado, una piel lisa y convenientemente pigmentada, pero no demasiado oscura, tales son las bases de la belleza física para los indígenas. En todas las fases de la vida aldeana he visto a personas graciosas, ágiles y bien conformadas provocar y retener la admiración. La misma generalización puede establecerse por inducción, de acuerdo con lo que ahora diremos, acerca de los cánones indígenas de perfección desde el punto de vista de la forma, el color y el olor del cuerpo, sobre la calidad de la voz y la gracia de los movimientos.

Los indígenas se ofrecen a la vista de sus semejantes en toda su desnudez, sin que ninguna barrera artificial se oponga a su interés estético; entre ellos los elementos de atracción erótica no están situados en esa falsa perspectiva que hace de nuestra manera europea de vestirnos un instrumento de falsa modestia y, al mismo tiempo, un medio de

¹ Sic en el texto: Exactamente lo mismo que entre nosotros. (N. del T.)

atracción indirecta. Esto hace difícil y compleja para nosotros la apreciación de los valores eróticos, pues esta apreciación reposa a la vez sobre el juicio relativo a la manera como está uno vestido y sobre la estimación de la belleza física. Con esta ventaja sobre nosotros, se observa en ellos el hecho notable de que su principal interés erótico está asociado a la cabeza y al rostro. En las fórmulas de la magia de la belleza, en el vocabulario de los atractivos humanos, en el arsenal de adornos y afeites, se da el lugar preferente al rostro humano: ojos, boca, nariz, dientes y cabellos. Observemos a este respecto que si la cabeza juega un papel importante en la magia, lo hace como objeto digno de admiración y no como sede de las emociones eróticas, que están localizadas en la parte inferior del vientre. Por lo que hace al resto del cuerpo, los órganos y caracteres a que se concede mayor importancia son los senos de la mujer, la talla y el volumen del cuerpo en el hombre, y la calidad y coloración de la piel en uno y otro. En ciertas fórmulas mágicas se encuentran enumerados no sólo los rasgos y particularidades del rostro y de la cabeza, sino también de los miembros y ciertas partes del torso humano. En otras, en cambio, sólo se habla de los primeros.

La configuración del rostro es muy importante; éste debe ser lleno y bien redondeado. Las frases *imiliyapila* (semejante a la luna llena), *imilibwata* (semejante a la luna redonda), *kalabubovatu* (su redondez), aparecen a menudo en las fórmulas mágicas. La frente debe ser pequeña y lisa. La palabra *talisalisa* (alisar, aplanar) se repite frecuentemente en los encantamientos de belleza. Mejillas llenas, barbilla ni prominente ni demasiado pequeña, ausencia completa de vello en el rostro, cabellos que caigan sobre la frente, son las características de la belleza.

Los cosméticos se usan para el rostro más que para cualquier otra parte del cuerpo. La pintura facial (*soba*) se hace en negro, rojo y blanco (fot. 76). Para el rojo se emplea un compuesto de nueces de betel y arcilla u ocre rojo. Para obtener el blanco se servían en otro tiempo de ciertas variedades de tiza con corales molidos. Actualmente, esta composición ha sido reemplazada por el albayalde europeo; el rojo, empero, continúa fabricándose con pigmentos del país. El negro se obtiene con simples fibras de cocotero carbonizadas o cualquier otra variedad de carbón, o con una mixtura compuesta de cualquiera de estos negros y un aceite aromático que, a su vez, se obtiene haciendo hervir en aceite de coco una madera aromática cortada en trocitos. La madera preferida para esta preparación se llama *sayaku*, que, si no me equivoco, es madera de sándalo importada de las islas del Este (Woodlark y Marshall Bennet). Una madera empleada también, aunque menos apreciada, es el *kadikoko*, que se encuentra en las mismas Trobriand. La mixtura, fuertemente perfumada, se conserva en botellas de aceite de coco y sirve para trazar líneas firmes sobre el rostro. Los indígenas hacen una distinción muy clara entre las pinturas decorativas (*soba*) que contribuyen a realzar su belleza, y las pinturas con hollín (*koulo*), a que recurren, en caso de luto, para quitar todo atractivo al rostro.

Después de haber indicado los caracteres generales de la belleza del rostro, procedamos a los detalles. Los ojos, como ya lo sabemos, son

para los indígenas las puertas de entrada del deseo erótico (cap. VII, sección 1); son también, por sí mismos, un centro de interés erótico. La depilación de las pestañas, costumbre llamada *mitakuku*, juega un papel importante en el amor. La expresión *agu mitakuku* ("mis pestañas arrancadas") es una expresión de cariño. En la magia de la belleza se alude a menudo a los ojos: *mitayari* (ojos brillantes), *mitubwoyili* (ojos encantadores), *mitapwa'i* (ojos claros). Los ojos deben ser brillantes, pero pequeños. Punto es éste sobre el cual todos los indígenas están de acuerdo. Los ojos grandes, *puyna-puyna*, son feos. No existe ningún tratamiento especial de belleza para los ojos, excepción hecha de la depilación de cejas y pestañas, prácticas que, según el gusto europeo, dejan los ojos singularmente descubiertos. Tampoco se emplea ninguna magia específica para realzar su brillo y demás encantos.

Después de los ojos, la boca es, tal vez, la facción más importante. Desempeña un papel considerable en el amor, y su belleza es muy apreciada por la estética indígena. Debe ser de labios gruesos pero bien dibujados. Los labios prominentes (*ka' uvala'u wadola*) son considerados tan poco atractivos como los delgados o repulgados (*kaywoya wadola*). Un labio inferior colgante es signo de gran fealdad. Para la boca existe una magia especial de belleza. Es la magia de *talo*, afeite rojo hecho con nuez de betel, del que se sirven para pintarse los labios.

La nariz debe ser ancha y carnosa, pero no demasiado grande. Una nariz larga, afilada y puntiaguda, una nariz aguileña, en suma, es fea para los indígenas, que le dan el nombre de *kapatata*. Una nariz bella es la llamada *kabulitoto*, o nariz respingada, pues una nariz demasiado aplastada es también un grave defecto; los hombres y mujeres que la tengan así reciben, según su sexo, los nombres de *tonapa'i* o *nanapa'i*. El uso de un bastoncillo para la nariz se considera indispensable estéticamente, pero su uso se hace cada vez más raro, y no hay ninguna magia asociada a este adorno ni a su órgano.

Las orejas no deben ser ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas, regla de oro que se aplica a todas las partes del cuerpo, lo mismo en las Trobriand que en cualquier otra parte. Las orejas separadas del cráneo, *tiginaya*, son incontestablemente feas. Los lóbulos de las orejas deben ser perforados para poder adornarlos con pendientes. La perforación se hace desde la primera infancia, colocando sobre la oreja un anillo de concha cortado con las dos puntas afiladas, de modo que penetren poco a poco en el cartílago. La pequeña perforación que resulte así se amplía entonces progresivamente, hasta que se forme en el lóbulo un orificio considerable rodeado de un anillo pendiente. Este anillo se carga entonces de anillos de concha y otros adornos, y especialmente de discos rojos hechos de conchas de *spondylus*. Esta operación de las orejas es de rigor, pues sin ella se diría de un hombre o de una mujer que tenían *tegibwalodila* (orejas semejantes a las del cerdo salvaje).

Los dientes deben ser ennegrecidos si han de ser verdaderamente seductores. (*Kudubwa'i*, literalmente: dientes negros; o *gigiremutu*, término que expresa el proceso de ennegrecimiento.) Este ennegrecimiento se obtiene colocando delante de los dientes durante muchas noches se-

guidas una raíz de un mangle especial. Es preciso añadir, no obstante, que la mayoría de los indígenas no se ennegrecen los dientes.

Los cabellos son considerados como un gran elemento de belleza, a condición de que sólo crezcan sobre la cabeza. Las cejas son depiladas, y nadie, excepción hecha de los viejos, que "no quieren tener nada que ver con las mujeres", deja crecer su barba. Los pelos de la barba no se arrancan nunca, se afeitan; antes se servían para ello de la obsidiana; actualmente emplean trozos de botellas. Los cabellos son admirados cuando son abundantes, y entonces se les deja crecer en una tupida greña, de la que irradian en todas direcciones, conforme a la moda, tan característica, de los melanesios.

Los indígenas distinguen los cabellos negros, claros y grises (*yabwaba'u*, *yadidaydaya* y *yasoso'u*). El albino es llamado *topwaka'u* ("hombre de cabellos blancos"). Los subdividen, además, en crespos y lacios (*yasisiye'i* o *yasinare'i*), ensortijados (*yasusaybulu*), tupidos y espesos (*yamtumwatu*), enmarañados y casi trenzados (*yakulupaki* o *yatutuya*). Los cabellos de la segunda y tercera categoría son considerados los más bellos; los otros están desprovistos de todo valor estético. La moda favorita de peinado consiste en darle la forma de la greña melanesia, verdaderamente típica, llamada *gugwapo'u*. Cuando los cabellos están cortados por los lados y por detrás y se les deja crecer en la parte superior de la cabeza, lo que da a ésta la forma de un cilindro alargado, se obtiene un peinado que recibe el nombre de *bobobu*. A veces, cuando un hombre ha terminado su período de luto, se le permite que deje crecer sus cabellos en mitad de la cabeza, pero debe rasurarse en los bordes; esto se llama *takwadoya*. Los cabellos que crecen de nuevo después de un duelo, se llaman *sayva'u*, por ser cortos todavía. Cuando se hallan de luto, las personas de categoría tienen el privilegio de dejarse algunos cabellos en la parte posterior de la cabeza, al nivel de la nuca (fot. 25). Cuando han crecido bastante, se les trenza a veces en largas mechas, que reciben el nombre de *saysuya* (literalmente: "bucles").

El vello del cuerpo (*unu'unu'*, nombre que se da igualmente a la pelusilla de los tubérculos de ñame, a la que crece en la parte posterior de las hojas, etc.) debe ser depilado, pues se considera que afea a las personas. Solamente en los mitos y los cuentos se ven figurar personajes recubiertos de *unu'unu'*, particularidad grotesca y perversa a la vez a los ojos de los indígenas.

El arreglo del peinado juega un gran papel en la *toilette* de una persona. Los cabellos se cortan con una concha de almeja afilada (*kaniku*) y se les divide en mechones con ayuda de un trozo de madera. Se les desenreda con peines de largos dientes (*sinata*), sobre los cuales se realiza una de las más importantes magias de la belleza. Ya hemos visto que el peinado de los cabellos (*pulupulu*, *waypulu* o *waynoku*) da ocasión de ciertas fiestas (*kayasa*), que realmente no se organizan con otro objeto que la exhibición de esta belleza. El corte y arreglo de las uñas se hace también a base de afiladas conchas de almeja.

En el hombre se admira un cuerpo esbelto, delgado, alto. *Kaysaki* (semejante a una larga canoa rápida), *kuytubo* (semejante a un árbol de

forma redondeada). Tales son los dos elogios que se dirigen a un hombre bien formado; el último de estos elogios prueba que la delgadez no se considera como una cualidad. *Kaylobu* —bien ataviado, bien acicalado— expresa la misma idea. Estos tres términos se encuentran en las lamentaciones de una viuda después de la muerte de su joven esposo.

También en las mujeres se aprecia un cuerpo esbelto, sin un desarrollo excesivo de la región abdominal. *Kaygumita* (esbelta), *nasasaka* (de vientre pequeño), son expresiones elogiosas. *Napopoma* (de vientre en forma de olla), *nasoka* (de cuerpo semejante al de un odre), expresan, por el contrario, juicios desfavorables.

Los senos de la mujer tienen especial importancia. La misma palabra *nunu* sirve para designar los senos de la mujer, los pezones de la mujer y del hombre, la parte central del pecho del hombre y la leche. Existe cierto número de expresiones, metafóricas en parte y en parte específicas, para describir la apariencia estética de los senos femeninos. *Nutaviya* (semejante a una *taviya*, pequeño fruto redondo) indica un seno lleno, redondo, firme; *nupiyakwa*, palabra cuya etimología me ha sido imposible establecer, significa lo mismo. *Nupipisiga* o *nupisiga* se aplica a los senos pequeños, poco desarrollados, infantiles, que se consideran menos atractivos que los primeros. Para designar los senos fofos se emplea la palabra *nusawewo*, que se compone del prefijo específico *nu* y de la palabra *sawewo*: caer inerte a la manera de un fruto maduro. Una designación lograda es la que encierra la palabra *nukaybwibwi*, que asimila los senos alargados, lacios, caídos, a las raíces aéreas del pandano. Los senos de las viejas, arrugados y fofos, son llamados *puwanunu*, del prefijo *pwa*, que significa deterioro, y del sustantivo específico *nunu*. Por extensión de su sentido, esta palabra designa la piel arrugada en general.

Una mujer de senos duros y bien desarrollados suscita la admiración. Las adolescentes dan masaje (*i'uwoli*) a sus senos, que entonces se llaman también *nu'ulawolu* (literalmente: senos sobados). Cuando un amante prefiere que su amada tenga senos pequeños, le dice: *yoku tage kuwoli nunum*; *kwunupisiga* (no des masaje a tus senos; conserva tus senos de niña).

En lo concerniente a la belleza física en general, ya dijimos que la suavidad de la piel y la franca coloración morena eran cualidades muy apetecidas. En las fórmulas mágicas se encuentran mencionados a menudo a este respecto objetos blandos, de superficie agradable: peces sin escamas, árboles de corteza blanda, conchas redondeadas y blandas. En cuanto al color, el negro oscuro es decididamente una desventaja. En la magia del baño y en otras fórmulas de belleza, una piel deseable es comparada a una flor blanca, al claro de luna y a la estrella de la mañana. La magia del embarazo nos ha suministrado ya un ejemplo de este ideal de perfección corporal. Pero la pigmentación insuficiente no es admirada, y la coloración insípida, pálida, de un moreno amarillento, que se encuentra a veces, produce un efecto tan desagradable al trobriandés como al europeo. Los albinos, con sus cabellos decolorados, con el largo vello dorado que cubre su cuerpo y sus enormes pecas, que hacen pen-

sar los hubiesen rociado con una sustancia de un pardo oscuro, producen, tanto en el europeo como en el indígena, una impresión desagradable (fot. 38).

4. El cuidado del cuerpo

El primer cuidado del cuerpo es la limpieza. Los indígenas son extremadamente sensibles a los olores y a la suciedad corporal. La *kakaya* (baño o abluciones de todo el cuerpo con abundancia de agua) es el primer acto de toda ornamentación ceremonial, y muy frecuente en las circunstancias ordinarias. Los indígenas se enjuagan las manos y se lavan el rostro a menudo; estas pequeñas abluciones se llaman *wini*. La ablución que precede a una gran *toilette* está siempre seguida por una unción (*putuma*) de aceite de coco, que da a la piel un bonito brillo, a la vez que constituye un medio de desodorización eficaz y durable. Cuando se puede hacerlo, se agrega al aceite algún perfume: flor de pandano, *gayewo*, flores aromáticas de *butia*; otras flores y hierbas aromáticas son empleadas según las estaciones, como para la preparación del aceite aromático *sayaku*, de que ya hablamos.

Para confeccionar los vestidos, se sirven de hojas secadas y blanqueadas, empleando los hombres las de pandano, o, si quieren obtener trajes de una calidad más fina, las de areca, en tanto que las mujeres emplean de preferencia las hojas del banano (fot. 69). Se visten del modo más ligero, especialmente los hombres, cuyo traje se reduce a la hoja púbica, estrecha faja que cubre la región del pubis, la parte inferior del abdomen y sube por detrás hasta la primera vértebra lumbar. La faja está unida por delante y por detrás a un cinturón. Generalmente, los hombres llevan debajo de este cinturón otro, más decorativo, hecho frecuentemente de materiales preciosos. La hoja púbica está ajustada de manera que la superficie limitada que la decencia prohíbe exhibir queda exacta y cuidadosamente cubierta y oculta. Rara vez se despojan los hombres de su hoja púbica, como no sea en la intimidad del lugar en que duermen o cuando se entregan a la pesca o al baño en compañía de otros hombres. La palabra *yavi* (hoja púbica) toma como afijos los mismos pronombres posesivos que aquellos que únicamente se agregan a las partes del cuerpo humano (*yavigu*, mi hoja; *yavim*, tu hoja; *yavila*, su hoja, etc.). Es ésta la expresión gramatical de la unión íntima que existe entre este objeto vestuario y el cuerpo masculino.

Las mujeres llevan faldas confeccionadas con estrechas tiras de fibra vegetal, de preparación y de color diversos. Una descripción completa de la tecnología de los "modelos" confeccionados en las Trobriand y de la psicología femenina tal como se manifiesta en las cuestiones de *toilette*, tan importantes siempre, exigiría una disertación voluminosa. Contentémonos con decir brevemente que las mujeres llevan una enagua puesta directamente sobre la piel y una falda que cubre a la enagua. En la casa, en el trabajo, o cuando se halla en compañía de amigas íntimas, se quita la falda, conservando sólo la enagua (véanse fots. 9, 18 y 21), que generalmente está raída y usada, pero que satisface ampliamente

las exigencias de la decencia. Las faldas son a menudo muy gruesas y se hallan en buen estado. En las temporadas y ocasiones ordinarias, estas faldas no son teñidas artificialmente y sólo presentan la rica coloración natural, oro y plata, de las fibras de coco o las hojas de banano secas. Durante los períodos de luto y de menstruación se usan faldas ligeramente más largas que de costumbre. Para el baño y para los días de lluvia se prefieren las fibras de coco. Las faldas de gala que se usan durante la recolección y las fiestas presentan la mayor variedad de formas y colores (fots. 13, 61, 69). Para confeccionarlas se emplean todos los materiales utilizables, demostrando gran ingenio en el "corte" y adoptando brillantes combinaciones de colores. Para designar el traje femenino se usa la palabra *doba*, que se emplea también con los afijos de posesión inmediata. En las formas compuestas cambia alguna de sus vocales: *dabegu*, mi falda; *dabem*, *dabela*, etc.

Ya hemos mencionado incidentalmente los adornos más importantes. Los indígenas se engalanan con coronas de flores aromáticas; ponen flores, especialmente de hibisco rojo, en sus cabellos, y hierbas aromáticas y largas hojas y banderolas en sus brazaletes. Llevan también collares de conchas y de semillas de banano silvestre y brazaletes en los brazos. Todos, hombres y mujeres, llevan pendientes y cinturones.

A diferencia del rostro, rara vez se pinta el cuerpo y nunca presenta señales de tatuaje. Según me dijeron, las muchachas eran tatuadas en torno a la vagina con ocasión de su primera menstruación. Este tatuaje, llamado *ki'uki'u*, se practicaba, según mis informadores, con un fin estético. Hombres y mujeres llevan también en el antebrazo señales de fuego, a manera de adorno.

Debemos mencionar aquí un encanto personal: la voz. Un buen cantante se sitúa, por su reputación, inmediatamente después de un buen bailarín. Se aprecia el poder de una buena voz, no se cansan de alabarlos y se citan muchos casos de seducción por el canto. Tal vez el caso más notorio sea el de Mokadayu, cuyo éxito con el bello sexo culminó en unas relaciones incestuosas con su propia hermana, que era una de las más bellas muchachas de la aldea¹.

Como contraste con el ideal de belleza que tienen los indígenas, es interesante oír sus comentarios sobre otros tipos raciales. No obstante considerar generalmente a los demás indígenas menos atractivos que los miembros de su propia tribu, establecen distinciones y grados de fealdad. El tipo papue puro, del golfo Papue y del litoral norte, que se ve frecuentemente en las islas Trobriand desde que los blancos comenzaron a venir a ellas, se clasifica ciertamente como el menos atrayente. La fealdad de estas gentes se atribuye principalmente al color de su piel, que, en efecto, es más oscura que la de los trobriandeses y tiene un tinte de chocolate característico. Sus cabellos muy crespos y su extravagante manera de disponerlos en trenzas y bucles, se consideran igualmente inconvenientes. Chocantes son también sus labios delgados y pro-

¹ Véase *Sex and Repression*, 1927, parte II, cap. IV, y cap. XIV, sec. 3 de esta obra, en donde se relata la historia de Mokadayu.

minentes y su gran nariz aguilena, emergiendo de su rostro largo y estrecho. Estas críticas fueron formuladas ante mí en ocasión de una serie de danzas ejecutadas por indígenas del golfo Papue que trabajaban en una de las plantaciones. Se admiraban sinceramente sus danzas, pero no su aspecto físico. A menudo oí a los trobriandeses burlarse de los indígenas de la isla Dobu a causa de su piel oscura, de sus cuerpos rechonchos y de sus cuellos cortos. Los indígenas más alejados, los del archipiélago este, del Massim sur, se aproximan más al ideal de belleza de los trobriandeses. A pesar de hallarse más distantes que los indígenas de Dobu, lo que acentúa más su calidad de extranjeros, nuestros indígenas ven en ellos a los representantes de una raza que se acerca a la suya propia: "Se nos asemejan; tienen buena apariencia."

Los europeos, declaran francamente los indígenas, no tienen (buen aspecto) buena apariencia. Los cabellos estirados, que "rodean la cabeza de una mujer como hilos de *im*" (gruesas fibras de pandano que sirven para fabricar cuerdas); la nariz, "cortante como la hoja de un hacha"; los labios delgados; los grandes ojos, "semejantes a charcas de agua"; la piel blanca, con manchas semejantes a las que cubren la piel de un albino, todo esto, dicen los indígenas, es feo (y efectivamente lo sienten así). Debo decir, no obstante, para hacer justicia a su buena educación y a su urbanidad personal, que se apresuran a asegurar que el etnógrafo constituye una meritoria excepción a la regla. Siempre me aseguraron que me parecía más a un melanesio que a los demás blancos. Y aún reforzaron este cumplido con una documentación especial, poniendo en mi activo el grosor de mis labios, la pequeñez de mis ojos, la ausencia de líneas agudas en mi nariz. Mi frente y mis cabellos constituyeron los únicos puntos sobre los cuales fueron lo suficientemente honrados y discretos para no hacerme cumplidos. Temo, no obstante, que los trobriandeses no sean más corteses que sinceros, pues debo recordar a este respecto que, de acuerdo con la costumbre, todo elogio concedido a un individuo debe ser recompensado con un regalo. Así, pues, me creo con derecho a preguntarme si no serán mis distribuciones de tabaco y nueces de betel lo que, más que su convicción estética, motivara sus cumplidos (véase, no obstante, fot. 68).

Es, pues, evidente que los trobriandeses conceden la preferencia a su propio tipo racial, y esto no por simple patriotismo de campanario, ya que hacen razonadas distinciones entre los demás tipos y otorgan elogios cuando son merecidos. De este modo consideran a los indígenas del Massim sur como sus iguales y aun están dispuestos a admitir que los habitantes de la parte este del Massim norte, los indígenas de la isla Woodlark y del grupo Marshall Bennet, les son superiores desde el punto de vista de la apariencia personal. Debo agregar que, como todos los extranjeros, al comienzo fui menos sensible a las diferencias individuales, impresionándome más el tipo general. Pero, ya más familiarizado, llegué también a darme cuenta de que una piel demasiado oscura o amarillenta, unos cabellos demasiado lisos o demasiado crespos, unos labios tan delgados como los de un europeo o una nariz aguilena son verdaderamente desagradables en un melanesio. Al mismo tiempo,

me hice capaz de apreciar la belleza dentro de los límites del tipo racial y de saber siempre más o menos, *de facto*, si tal individuo podía gustar o no a un indígena. Las mismas transformaciones artificiales —dientes de un negro brillante entre labios pintados de bermellón, graciosas figuras en tres colores pintadas sobre el rostro, llamativas flores de hibisco entre la tupida greña negra, pieles de un moreno tostado ungidas con aceite de coco—, todo esto dejó de causarme la impresión de una mascarada grotesca, y concluí por no ver en ellas sino medios muy naturales de realzar la belleza personal. Después de todo, ¿no necesitamos cierto tiempo para acostumbrarnos a las modas cambiantes de nuestra propia raza, y para descubrir la belleza donde habíamos comenzado por ver sólo una caricatura?

Siempre recuerdo el sentimiento de ligera sorpresa que experimenté al oír la fórmula de belleza con que el viejo jefe To'uluwa iniciara nuestra primera conversación al respecto:

<i>Migila</i>	<i>bubowatu; matala</i>	<i>kuvikekita;</i>
Su rostro (de él o ella)	redondeado; su ojo (de él o ella)	pequeño;
<i>kabulula</i>	<i>kaykekita; kudula</i>	<i>sene</i>
su nariz (de él o ella)	su dientes (de él o ella)	muy
<i>kobwabwa'u;</i>	<i>kulula</i>	<i>sene kobubowatu.</i>
ennegrecidos;	sus cabellos (de él o ella)	muy ensortijados.

Esta elegante fórmula resume sumariamente los resultados de nuestro estudio y suministra un criterio aproximativo de la belleza personal. Este criterio reposa sobre una mezcla de valores culturales, de impulsos biológicos y de preferencias raciales. El punto de vista es comprensible para todo europeo que tenga conciencia de la solidaridad biológica del género humano, afirmándose a despecho de diferencias de raza y cultura y que posea una plasticidad mental suficiente para familiarizarse a fondo con los criterios culturales y estéticos de otro pueblo.

5. El curso de una intriga amorosa

Para comprender el efecto que el encanto personal produce en el indígena, tal vez no sea inútil contrastar una aventura amorosa típica trobriandesa con lo que forma el telón de fondo de una novela occidental.

El amor se apodera de ellos, como de nosotros, al primer choque producido por la belleza y la personalidad; pero, desde el punto de vista de los efectos ulteriores, existe entre ellos y nosotros todo un mundo de diferencias que emanan de las costumbres y de la cultura. A causa de las barreras iniciales, tan características, de las civilizaciones superiores, que se oponen al establecimiento de una rápida intimidad sexual entre dos personas que se aman, dotamos nosotros a la persona amada de virtudes inestimables y la rodeamos de un halo de santidad y de misteriosos deseos. En los hombres cuya imaginación creadora está desarrollada sin guardar proporción con el sentido práctico de la realidad,

tal apasionado efecto puede conducir simplemente a ensoñaciones y relaciones románticas (características) caracterizadas por una timidez excesiva, o bien a efusiones, como las que se encuentran en la *Vita Nuova* y en los *Sonetos* de Petrarca. Esta adoración tímida, egocéntrica; esta exaltación creadora extremada del eterno femenino, de una Beatriz o de una Gretchen que ponen al hombre en presencia de Dios, constituye el verdadero tema, el tema fundamental de la novela occidental, exteriorizado en algunas de las sublimes obras de arte, pero existente también en muchos hombres desprovistos de capacidad de expresión. En las invectivas y acusaciones lanzadas contra las mujeres por un Schopenhauer y un Nietzsche, sólo debe verse una reacción contra este misterio artificialmente mantenido y contra la consecuente idealización de la mujer.

El hombre de la calle que sufre el mismo choque no escribe sonetos, pero no sufre menos —en grado más temperado, es cierto— un sentimiento de exaltación por el objeto de su amor. Al mismo tiempo, sin embargo, su emoción encuentra una expresión práctica y busca todas las ocasiones para aproximarse al objeto amado. Cuando la simpatía se transforma en amor recíproco, el asunto sigue su curso normal de noviazgo, esponsales y matrimonio. La pasión natural puede llevar a un hombre y a una mujer a desafiar todas las reglas morales y sociales; pero esto no impide que el amor verdadero impulse al hombre y a la mujer de nuestra cultura no a buscar la satisfacción inmediata del deseo sexual, sino a neutralizar gradualmente los elementos puramente sensuales que hacen parte de todo amor, oponiéndoles un afecto espiritual. La intimidad personal de una vida común sancionada por la ley: tal es el fin directo de nuestra ideología romántica; el resto, comprendidas en él las relaciones sexuales, se halla tácitamente implícito.

Consideremos el caso de un joven melanesio de tipo corriente que se siente atraído por una muchacha, de la que no le separan ni los tabúes de parentesco, ni las diferencias de posición social o de encanto personal. También en él la primera impresión recibida provoca una reacción estética y sensual que transforma su causa en algo deseable, precioso y digno de un serio esfuerzo. Pero no experimentará ni el sentimiento de misterio ni el deseo de adorar a distancia, como tampoco se contentará con que se le permita simplemente gozar de la presencia de la muchacha. El joven trobriandés ha tenido ya más de una experiencia sexual con mozas del mismo tipo de su ideal actual y, desde su infancia, la atracción estética y el contacto erótico directo han estado íntimamente asociados en su experiencia. La realización final de su deseo erótico no constituye para él un problema: inmediatamente, se anticipa a ella. Todas las costumbres, disposiciones y códigos de conducta lo autorizan para ir sencilla y directamente al fin, como veremos en la siguiente descripción.

Las costumbres en vigor en otras comunidades melanesias, en las que la libertad sexual es mucho más limitada y la intimidad entre los amantes se establece de una manera mucho más lenta y progresiva —que hace pensar a veces en el amor romántico—, proyectan una luz interesante sobre las formas amorosas de los trobriandeses. En la región etnográfica

fica más próxima al Sur, en las islas Amphlett y en la vecina isla habitada por la tribu Dobu, las relaciones prenupciales se consideran reprecensibles, y la costumbre no estimula ni la promiscuidad entre niños de ambos sexos en los juegos eróticos, ni la intimidad desenfrenada de mozos y mozas, ni la existencia de instituciones como la *bukumatula* (casa de célibes de uno y otro sexo). Lo poco que pude observar en las islas Amphlett me dejó la impresión de que las relaciones prenupciales no existían en absoluto y que entre los dobu eran mucho menos frecuentes que entre los trobriandeses. En relación con este hecho, encontramos allí cierto número de disposiciones que incitan a los jóvenes a un noviazgo prolongado y son sintomáticas de un amor en el que las relaciones sexuales no constituyen el fin directo e inmediato. Dijéronme que en aquellos dos distritos existían canciones de amor y que los jóvenes hacían su corte tocando la flauta y birimbao, y que mozos y mozas se reunían en los juegos y diversiones con el solo objeto de conocerse y entablar relaciones sociales. Durante las últimas fases del noviazgo y antes del matrimonio, se autoriza al novio para que visite a su prometida en la casa de sus padres, pero no cohabitan, y sus relaciones no pasan de la conversación y las caricias recíprocas. Análoga situación existe en las tribus papuemelanesias del Oeste, entre las que me entregué a investigaciones más o menos prolongadas. Sin embargo, sólo hay dos resultados de estas investigaciones bajo toda suerte de reservas, pues los datos recogidos allí están muy lejos de poderse comparar a los recogidos entre los trobriandeses. Son datos que reposan íntegramente sobre informaciones obtenidas con informadores *ad hoc* y no sobre materiales que se ofrecen espontáneamente cuando vive uno largo tiempo en una región¹.

El trobriandés enamorado, al que la costumbre enseña a seguir la vía directa, recurre inmediatamente a los métodos de aproximación consagrados.

El procedimiento más sencillo consiste en la sollicitación personal y directa. Al hablar de la libertad sexual que reina entre estos indígenas, vimos que un muchacho tenía muchas oportunidades para expresar su deseo, y una muchacha no menos para incitarle a hacerlo (véase cap. IX). Esto es absolutamente fácil cuando los amantes viven en la misma aldea. Si pertenecen a comunidades diferentes, pueden reunirse con ocasión de ciertas fiestas; entonces pueden hablarse, entablar los preliminares de sus relaciones amorosas durante los juegos y danzas, confundidos en la muchedumbre, y convenir también una cita futura. Después de esto, y a favor de las costumbres *ulatile* y *katuyausi*, las citas podrán renovarse, a no ser que uno de los amantes emigre a la aldea del otro.

Otro procedimiento consiste en solicitar por medio de un intermediario (*kaykivi*). Empléase cuando las dos comunidades están muy distantes y, a causa de la mala estación, toda aproximación personal es di-

¹ Por lo concerniente a los papuemelanesios del Oeste, véase mi monografía "The Natives of Mailu", en *Transactions of the Royal Society of South Australia*, 1915, págs. 559-564; también se encontrarán allí referencias a la obra ya citada del profesor SELIGMAN.

fícil. Un amigo común, hombre o mujer, se encarga de expresar la admiración del mozo y de convenir una cita. Generalmente, se vacila mucho antes de recurrir a un *kaykivi*, pues éste podría fracasar, y su fracaso, de hacerse público, cubriría de ridículo al pretendiente. Pero si la aproximación directa y los servicios del *kaykivi* fueran, por una u otra razón, igualmente imposibles, el galán inicia su ataque haciendo uso del arma más poderosa: la magia. Baste decir aquí que casi todos los éxitos amorosos son atribuidos a la magia, que hombres y mujeres creen profundamente en ella y en ella confían, y que, por razón de esta misma actitud psicológica, esta magia es muy eficaz. En el próximo capítulo haremos una exposición completa de la magia del amor.

Así, pues, el trobriandés enamorado no sigue caminos indirectos, ni procura entablar primero relaciones personales para pensar en la posesión sexual como en una simple consecuencia posible de estas relaciones. Sencilla y directamente pide una cita, con la esperanza declarada de una gratificación sexual. Si su invitación es aceptada, la satisfacción inmediata de sus deseos elimina toda ensoñación romántica, toda aspiración hacia lo inaccesible y misterioso. Si, por el contrario, se rechaza su invitación, no toma la cosa a lo trágico, pues está acostumbrado desde la infancia a que sus ofrecimientos sean rechazados en ciertos casos y sabe que pronto y seguramente lo curará de su despecho otra más feliz intriga.

6. Casos de afecto personal

Aunque el código social no favorece los amores novelescos, los elementos románticos y el afecto personal, no faltan del todo en las relaciones prenupciales y la vida conyugal propiamente dicha de los trobriandeses. Si se revisan las tres fases de la vida amorosa de un individuo que dejamos descritas en el capítulo III, se verá esto claramente. En los fáciles juegos eróticos de los niños, se ven a menudo crecer las simpatías y antipatías y afirmarse preferencias personales. Las simpatías nacidas de este modo son, con frecuencia, muy profundas. Por algunos de mis amigos supe que su matrimonio se había originado en un cariño de infancia. Tokulubakiki y su mujer se conocieron y quisieron siendo niños todavía. Toyodala, al que vi presa de la desesperación a la muerte de su esposa, había sido un amigo de infancia de ésta (véase cap. VI, sección 4). Observando a los niños y su manera de conducirse, se llega a conclusiones análogas. En la medida de sus pequeños medios, procuran conquistar, impresionar y retener la imaginación de sus compañeros de juego. Y de este modo, aun a esta edad, ciertos elementos románticos van a mezclarse a lo que hay en sus juegos de directamente sexual.

En la etapa siguiente, cuando mozos y mozas se entregan libremente a diversiones cuyo objeto principal es el amor, las preferencias personales se acentúan. Cambian frecuentemente de pareja, pero sus sentimientos y su imaginación se concentran íntegramente sobre el compañero del momento. No es raro oír a los mozos discutir los encantos de las bellas muchachas que los atraen. Uno de ellos elogiará el objeto de su pasión, en tanto que otro discutirá la superioridad y en los argumentos

empleados de una y otra parte se encuentra la expresión de toda la emoción amorosa que experimentan.

En cuanto a ejemplos concretos, me fue difícil reunir datos bastante convincentes por lo que atañe a los niños y adolescentes de ambos sexos. Pero, en cambio, pude hacer observaciones muy numerosas en una fase más avanzada, cuando el afecto, suficientemente probado, se transforma en deseo de matrimonio y las cosas son tratadas más seriamente. Ya me referí al caso de Mekala'i, mozo que durante algún tiempo tuve a mi servicio (véase cap. IV, sec. 2). Mekala'i estaba seriamente enamorado de Bodulela, la que era notorio dormía con su suegro. El muchacho sentía por ella un profundo afecto, y sabiendo que no tenía esperanza alguna de poseerla en un porvenir inmediato, y estando separado de ella, pues ni siquiera permitía visitarla, no desesperaba de conquistarla finalmente, y hacía toda suerte de castillos en el aire para cuando llegase ese momento. Al mismo tiempo, se esforzaba todo lo posible para aparecer a los ojos de la muchacha como un hombre importante e influyente. Otro joven, Monakewo, tenía relaciones con Dabugera, que pertenecía al rango más elevado. A menudo, el galán se mostraba desolado por la inferioridad de su propio rango, que, como sabía muy bien, era un obstáculo para casarse con la muchacha (véase cap. IV, sección 1). Monakewo procuraba compensar esta inferioridad con méritos personales. Estaba orgulloso de su bella voz, de su habilidad como bailarín, de muchas otras aptitudes —algunas de ellas reales— y se preocupaba por saber qué valor les concedía Dabugera. Cuando ésta le era infiel por unos cuantos días, la mortificación de Monakewo era visible; y cada vez que esto sucedía procuraba persuadirme a abandonar la isla y llevarle conmigo, paso decisivo que, según creía él, impresionaría profundamente a su amada. Y al mismo tiempo el mozo pensaba en la agradable sorpresa que experimentaría Dabugera a la vista de los regalos que le traería al regreso.

Se conocen también casos de hombres que, deseando casarse con una muchacha y habiendo fracasado en sus primeras gestiones, concluyen por conquistarla después de grandes esfuerzos. Sayabiya, muchacha de aspecto bastante agradable, tenía un enamorado originario de su misma aldea, Yalaka, con el que estaba a punto de casarse. Pero he aquí que la muchacha se enamora de Tomeda, guapo mozo de la aldea de Kasana'i, célebre por su fuerza, su habilidad de horticultor y su destreza en las danzas. Y Tomeda persuade a Sayabiya de que sea su mujer. En el curso de mi primera visita a las islas Trobriand tuve a menudo ocasión de verlos a ambos, encontrando a Sayabiya una mujer realmente atractiva y en Tomeda un buen informador. A mi regreso, dos años después, encontré a Tomeda viviendo solo; Sayabiya había ido a reunirse con su primer enamorado y se había casado con él (véase cap. V, sec. 1). No hay para qué decir que se acusó de esto a la magia, aunque, indudablemente, no era otra cosa que una vuelta a los primeros amores. Mi amigo Tomeda vivió durante largo tiempo profundamente deprimido y me habló a menudo con gran tristeza de la mujer que había perdido. Por entonces salí de aquel distrito y durante seis meses no le vi; pero algunos

días antes de partir de las Trobriand le encontré, cubierto de afeites y de adornos, en camino hacia otra aldea y en calidad —la cosa era evidente— de feliz pretendiente, de *to'ulatile*. Interrogado por mí, acabó por confesar que estaba en relaciones con otra muchacha con la que esperaba casarse pronto.

Otro amor contrariado fue el de Yobukwa'u, hijo del jefe To'uluwa (véase cap. IV, sec. 1, y cap. V, sec. 5). Su amada, Ilaka'isi, se había casado, por razones de Estado, con To'uluwa, y era la más joven de sus esposas. Después de este acontecimiento, Yobukwa'u entabló relaciones con otra muchacha, a la que tenía intención de desposar. Pero fue incapaz de resistir la proximidad de su primera amada y no tardó en hacerse de notoriedad pública en Omarakana, residencia del jefe, que Yobukwa'u cohabitaba regularmente con la esposa más joven de su padre. Su prometida se sintió profundamente ofendida por esto. Entre tanto, el hermano menor de Yobukwa'u, Kalogusa, regresó a la aldea después de un año de servicio en una plantación de ultramar. Inmediatamente se enamoró de Isepuna, prometida de su hermano mayor, y un afecto mutuo creció entre ellos. La situación era muy difícil, pues quitarle la prometida a un hermano es una mala acción. Pero el amor se mostró más fuerte que las consideraciones morales. Isepuna rompió con Yobukwa'u y se prometió a Kalogusa. Algunos meses después de mi llegada a Omarakana se casaron. Debo agregar que, por su parte, Yobukwa'u se casó con una muchacha muy desagradable, Losa, pero las malas lenguas pretenden que sigue siendo el amante de Ilaka'isi.

La historia de Gilayviyaka, uno de los hermanos mayores de Yobukwa'u, es casi idéntica (véase cap. V, sec. 5). También él se acostaba con Nabwoyuma antes de que ésta se casase con su padre. Más tarde se casó con Bulubwaloga, muchacha de Yalumugwa, de cabellos castaños, muy atrayente, ligeramente pigmentada, a la que quería de manera profunda, lo que no le impedía continuar sus visitas nocturnas a Nabwoyuma, cosa que no fue del gusto de su esposa, que se dedicó a espiarlo hasta sorprenderlo una noche en flagrante delito, de lo que resultó un tremendo escándalo público al que no pudo resistir Gilayviyaka. Se vio, pues, obligado a partir de la aldea por algún tiempo y su esposa regresó a casa de los suyos. Durante mi permanencia en la aldea, unos dos años después de este acontecimiento, Gilayviyaka hizo diversas tentativas para decidir a su esposa a reanudar su vida en común, y era evidente que se sentía muy desgraciado. Cuando regresé por última vez a las islas Trobriand supe que, después de haber trabajado durante un año en una plantación, había regresado a la aldea, donde murió unos meses antes de mi llegada. Ya he hablado del afecto no correspondido y sin esperanza de Ulo Kadala (cap. IV, sec. 1). En fin: mis informadores indígenas me relataron un caso de suicidio provocado por un amor desgraciado¹.

En todos estos ejemplos encontramos elementos de lo que nosotros mismos entendemos por amor: tentativas de conmover el corazón por medio del sentimiento, más que deseo de conquista apelando directamen-

¹ Véase *Crime and Custom*, pág. 95.

te a los sentidos; preferencia estable y perseverancia en los esfuerzos. En algunos de estos casos, el enamorado se forma una alta idea del objeto de su amor, de su poder de enriquecer su vida en la reciprocidad, de dejarla vacía en caso de negativa. Ciertamente, estos elementos se presentan en combinaciones que no nos son familiares y en una perspectiva que nos parece extraña. Difiriendo la actitud recíproca de los sexos de la que se halla en vigor entre nosotros, faltan en ella ciertos elementos característicos de la afectividad occidental. Un carino platónico es inconcebible aquí. Y, sobre todo, las prácticas mágicas reemplazan en una medida considerable la iniciativa personal en los asuntos de amor. Las generalizaciones que hacemos sólo pueden tener un valor relativo; pero los hechos citados en este capítulo y en otros muchos pasajes de este libro permitirán al lector atento descubrir por sí mismo las diferencias que, desde el punto de vista del amor y de las relaciones amorosas, existen entre los trobriandeses y los pueblos de cultura occidental.

7. Aspecto comercial del amor

El amor en las islas Trobriand presenta un aspecto interesante que puede escapar a la atención de un observador superficial o da lugar a más de un equívoco. En toda intriga amorosa y durante su duración íntegra, el hombre debe ofrecer constantemente regalos a la mujer. Para los indígenas, la necesidad de un pago unilateral es completamente natural y no necesita explicación. Según esta costumbre, la mujer, al consentir en tener relaciones sexuales con un hombre, le hace un favor, aun en los casos en que los dos amantes se quieran mutuamente. Y como tal, este servicio debe ser pagado conforme a la regla de reciprocidad, de toma y daca, que domina la vida de la tribu, en la que todo servicio y todo favor deben ser pagados con algo que tenga un valor equivalente. La remuneración de los favores sexuales se llama *buwa*, y la palabra se emplea con "el sufijo de la más próxima posesión (*buwagu*, *buwam*, *buwala*, etc.). Tal vez no sea éste sino un simple arcaísmo gramatical. De no ser así, expresa la concepción de una relación muy estrecha entre el regalo, por una parte, y los que lo dan y lo reciben, por otra; en otras palabras: la idea de que el regalo —como sucede, en efecto— es una parte esencial de la transacción.

No se trata en absoluto de una regla lógica o cuya evidencia salte a la vista. Dada la gran libertad de que gozan las mujeres y su igualdad con los hombres, sobre todo desde el punto de vista sexual; dado también que los indígenas se dan cuenta perfectamente de que las mujeres sienten tanta inclinación por las relaciones sexuales como los hombres, podía esperarse que éstas fuesen consideradas como un cambio de servicios recíprocos en sí mismos. Pero aquí, como en otras partes, la costumbre, la arbitrariedad y la inconsecuencia han decretado que sea éste un servicio prestado por la mujer al hombre, y que el hombre ha de pagar.

En cuanto a la importancia y naturaleza del regalo, varían con el tipo de las relaciones sexuales. Ya hemos visto que hasta los niños, que imi-

tan a los mayores en todos sus detalles, ofrecían regalitos a sus amadas: una pizca de tabaco, una concha o simplemente una flor. Los muchachos mayores ofrecen regalos más sustanciosos: media barra de tabaco, una o dos nueces de betel y, de cuando en cuando, una sortija de concha, un disco de concha y hasta un brazalete. Si no lo hiciese así, la muchacha le objetaría: *Gala buwam, apayki*: "No tienes pago que darme; me niego." El mozo que no ofrece regalos pasa inmediatamente por avaro, y esta reputación le dificulta hacer nuevas conquistas. En las relaciones posteriores y más permanentes, sobre todo en las que han de concluir en matrimonio, se acostumbra a ofrecer de cuando en cuando regalos más valiosos, en vez de hacer cada mañana un regalito.

Cuando se efectúa el matrimonio, la retribución de las relaciones sexuales se convierte en ese complicado asunto de familia que describimos en el capítulo V y que engloba al marido y a la mujer, a su hogar y a la familia de la esposa, al padre y a sus hijos, a los hijos y al tío materno. La cuenta personal entre marido y mujer consiste en el ofrecimiento constante de satisfacciones sexuales que ésta le hace y que el hombre retribuye con el amor, los cuidados y los bienes que prodiga a los hijos. Ahora bien: ya sabemos que, legalmente, los hijos pertenecen a la madre y no al padre. El marido está en paz con la mujer desde el momento en que cuida a los hijos, se ocupa de su educación y les manifiesta su amor. "Pago del derecho al acostarse con la madre", "pago de los servicios sexuales recibidos de la madre", tales son las frases que se oyen pronunciar en las discusiones relativas a esta cuestión. De este modo, el aspecto comercial, cuyo papel en el amor hemos estudiado ya, prevalece igualmente, y de una manera indudable, en el matrimonio¹.

No obstante, debe entenderse claramente que sólo empleamos aquí la palabra "comercial" para indicar el principio del toma y daca en las relaciones eróticas y que este principio no constituye en el amor —como en ninguna de las demás relaciones sociales— sino un aspecto, y no el más significativo. Ante todo, sería cometer un profundo error el querer establecer ningún paralelo entre la costumbre de que nos ocupamos y ciertas formas de la prostitución en las civilizaciones superiores. La esencia de la prostitución se halla en que la mujer se entrega impulsada únicamente por el pago. Entre los trobriandeses, el amor es tan espontáneo de parte del mozo como de la muchacha. El regalo es una costumbre y no un móvil. Se asemeja más a la costumbre que existe entre nosotros de ofrecer regalos a la prometida o, simplemente, a una persona a la que admiramos, y no tiene nada que ver con la institución de los servicios sexuales puramente comercializados, que es la esencia de la prostitución.

8. Los celos

Todavía tenemos que examinar otra cuestión que se relaciona íntimamente con el problema de la atracción personal. El amor no aspira

¹ Véase *Argonauts...*, págs. 177-178, donde calificué erróneamente de "regalos libres" los que el padre ofrece a sus hijos. La rectificación de este error se encontrará en *Crime and Custom*, págs. 40-41.

sólo a la posesión, sino al monopolio, lo que explica la fuerte reacción emocional de los celos. Muchos etnógrafos que han estudiado tribus en las cuales reina una gran libertad sexual, han pretendido que esas tribus no conocían los celos. En apoyo de esta afirmación se han contentado con citar el simple hecho de la libertad sexual. Pero las relaciones entre esta libertad y la ausencia de celos están lejos de ser evidentes.

A pesar de la considerable libertad de que gozan, los trobriandeses conocen, sin lugar a dudas, el sentimiento de los celos. Un hombre que desea a una muchacha no cederá fácilmente el paso a un rival, como lo prueban las frecuentes luchas y querellas provocadas por la rivalidad sexual. Igualmente, un hombre que ha adquirido ciertos derechos sobre una mujer, sea a consecuencia de un matrimonio o de unos esponsales o a favor de una simple intriga, no tolerará la menor usurpación de sus derechos. Entre nuestros indígenas existen, en efecto, no sólo los celos pasionales, sino también aquellos otros más fríos, que nacen del poder, la ambición y la posesión. Ya sabemos que las relaciones mantenidas en las *bukumatula* (casa de célibes) están reglamentadas por un código preciso y que los ataques a los derechos individuales se sienten profundamente y se consideran reprensibles. Sabemos también que el adulterio constituye una grave ofensa que se castiga con la muerte. A menudo nacen serias enemistades y querellas entre mozos y muchachas por usurpaciones de los unos sobre lo que los otros consideran "caza vedada", y aun entre los niños los celos provocan luchas frecuentes.

No obstante, ésta, como las demás pasiones, es accesible a las influencias sociales. Cuando la costumbre exige que un hombre renuncie a su amada en favor de otro y puede hacerlo honorablemente, se somete. Esto acontece, como ya lo sabemos, en los casos en que se encuentran en el país extranjeros en visita *kula* o si los jóvenes visitan una aldea en la que acaba de sobrevenir una defunción.

También hay ocasiones, menos fácilmente disimuladas cuando las muchachas van a un *katayausi* fuera de la aldea para celebrar una reunión *ulalile*.

Lo que podríamos llamar el anverso de los celos me impresionó. La manera como la gente joven se quejaba ante mí de esta defeción de las muchachas, autorizada por la costumbre; los términos en que se abordaba el asunto, describiéndolo con aparente tristeza, pero no sin cierta curiosidad morbosa; la insistencia que ponían en ello, todo esto me dejó la impresión de que encontraban en la situación un elemento que les proporcionaba cierta excitación voluptuosa. ¿Serán los celos de los trobriandeses una emoción ambivalente desde el punto de vista afectivo, es decir, presentando dos tonalidades afectivas casi contradictorias, una muy desagradable, agradable más bien la otra y susceptible de procurar cierta excitación sexual? No sabría decirlo. Pero algunos hechos, tales como las relaciones de mujeres indígenas y hombres blancos, son de tal naturaleza que proyectan cierta luz sobre el aspecto de la vida afectiva de los trobriandeses.

Es un hecho notorio, por ejemplo, que Sinakadi, jefe importante de Sinaketa, pero pobre, prostituye a sus mujeres con hombres blancos.

Aunque viejo, casóse con una muchacha con este único objeto, según dicen. Pero, de acuerdo con lo que cuenta todo el mundo, hace mucho tiempo que recurre a este tráfico, que inaugurara antes de que se estableciese en las islas Trobriand una delegación gubernamental. Uno de sus hijos, joven aún, hace exactamente lo mismo. Un comerciante blanco me contó el caso de un indígena que parecía muy enamorado y celoso de su joven y bonita esposa. Este indígena conseguía muchachas al comerciante, y un día, no pudiendo llevar otra, le llevó a su propia esposa y esperó detrás de la puerta a que concluyese la entrevista íntima. Hechos de este género proyectan una luz interesante sobre la manera como se manifiestan los celos entre los indígenas.

Más fácilmente se aislarán los motivos sociales, culturales y directamente emocionales de los celos, distinguiendo los diferentes tipos con sus sanciones correspondientes. En primer lugar, están los celos provocados por la usurpación de derechos más que por instintos contrariados o sentimientos heridos. Tomemos un ejemplo de esto en el tabú que rodea a las esposas del jefe y que era antaño extremadamente riguroso. Aun en el caso de un hombre anciano que no tuvo nunca afecto a sus jóvenes esposas y ni aun siquiera vivió jamás con ellas, el adulterio será considerado como una ofensa mayúscula. La conducta de las mujeres de To'uluwa comprometiéndose con los hijos del jefe y el adulterio de la esposa de M'tabalu no hubiesen sido perdonados nunca en otro tiempo. Aun la mujer de un plebeyo, sorprendida en flagrante delito de adulterio, se exponía a ser muerta. Esta especie de celos, motivada por consideraciones puramente sociales, halla también expresión en la estrecha vigilancia que ejercen sobre una viuda los parientes del marido muerto.

En segundo lugar, vienen los celos provocados por el sentimiento nacido de las infidelidades que perjudican a las relaciones permanentes. Esta reacción emocional existe, al mismo tiempo que la reacción social, en los casos concretos que cité precedentemente (sec. 7 de este capítulo). Tenemos, en fin, los celos puramente sexuales, provocados por el impulso o el deseo sexual contrariados. Esta especie de celos pueden llevar a un hombre o a un muchacho a acciones violentas y vengadoras.

9. La belleza, el color y el olor en el amor

Sabemos ahora cómo un joven y una muchacha trobriandeses se sienten atraídos primero el uno al otro, cómo se unen y cómo se desenvuelve su intriga, que concluirá en separación o en matrimonio. Pero sabemos muy poco de la manera como los dos amantes pasan su tiempo juntos y gozan de su presencia mutua.

Bajo este aspecto, como bajo todos los demás, las costumbres y conveniencias de la tribu dictan en gran parte a cada uno hasta los detalles de su conducta. Siempre existen derogaciones individuales, pero éstas son relativamente pequeñas, indiscutiblemente más pequeñas que las que vemos en nuestra civilización. Un enamorado o una enamorada no espera de su compañero la improvisación de una rapsodia erótica, sino más bien una repetición convenientemente ejecutada de una rutina tradicio-

nal. La tradición es la que indica los lugares en que han de entregarse a sus actos eróticos, la manera como deben hacerlo, los diferentes géneros de caricias que los amantes pueden y deben prodigarse. Los informadores describen, independientemente unos de otros, el mismo procedimiento, empleando para ello casi los mismos términos.

La palabra *kwakwadu* es un término técnico que significa, poco más o menos, "transacciones amorosas" o "estar juntos por razones de amor". Tal vez sea más fácil expresarlo en alemán, con las palabras *erotisches Beisammensein*, o con la locución americana *petting party* o *petting session*. Desgraciadamente, el inglés es refractario a la terminología estereotipada, salvo en las cuestiones relacionadas con la moral. La palabra *kwakwadu* tiene un sentido muy amplio. Significa excursión colectiva, o grupo compuesto de varias parejas que realizan un *picnic* amoroso, reunión de dos personas que se aman, especie de *tête-à-tête*¹ erótico, caricias y contactos antes de la unión final. Jamás se emplea como eufemismo para indicar el acto sexual. En estas partidas de campo colectivas, se comienza por jugar en común alguno de los juegos descritos en el capítulo anterior, después de lo cual los amantes se aíslan por parejas. Vamos ahora a tratar de reconstruir la escena representada por una de las parejas que se han separado del grupo o han partido aisladamente en excursión, a fin de gozar de la intimidad en un lugar preferido.

Los boscajes que rodean la aldea y que se talan periódicamente para plantar huertos, crecen sobre una tupida maleza y no siempre ofrecen un lugar de reposo deseable. No obstante, aquí y allá se deja en pie un gran árbol, tal como el *butia*, a causa de sus flores aromáticas, o un grupo de pandanos. También pueden encontrarse lugares agradables y sombreados bajo viejos árboles en uno de los bosquecillos que señalan a menudo el lugar en que se levantara una aldea abandonada y cuyos árboles frutales, cocoteros y grandes plátanos forman un oasis en medio de la desmedrada espesura tropical de la plantación reciente. Los arrecifes de coral (*raybwag*) ofrecen también más de un lugar favorable para estas partidas de campo. Las cavidades y excavaciones del coral, las rocas de formas extrañas o bonitas, los árboles gigantes, los matorrales de helechos, los hibiscos en flor, hacen del *raybwag* una región misteriosa y atrayente. La parte que domina al mar en la dirección de las islas Kitava, Iwa y Gawa, es particularmente deliciosa. El ruido de las olas que llegan a romperse contra los arrecifes, el reflejo de la arena y de la espuma, el azul del mar, crean una atmósfera en que la imaginación de los indígenas sitúa el drama mitológico del amor incestuoso (véase cap. XIV).

Allí, los enamorados gozan del color y del aroma de las flores, miran volar los pájaros e insectos y bajan a bañarse en el mar. En las horas cálidas del día o durante la estación cálida, buscan en el arrecife de coral lugares sombreados, caletas y lugares donde bañarse. Cuando comienza a refrescar la tarde, se calientan sobre la arena, encienden fogatitas o van a abrigarse en algún rincón de las rocas de coral. Se di-

¹ Sic en el texto. (N. del T.)

vierten recogiendo conchas, flores y hierbas aromáticas, con las que se adornan. Fuman, mascan nueces de betel y, cuando tienen sed, buscan un cocotero, cuya nuez verde les suministra una bebida refrescante. Cada cual busca los piojos entre los cabellos de su compañero y se los come, práctica repugnante para nosotros, pero que los indígenas encuentran natural y agradable entre dos amantes, y un pasatiempo favorito con los niños (fot. 70). Por otra parte, en estas ocasiones no comen nunca alimentos pesados ni los llevan de la aldea. Para ellos, la costumbre de los jóvenes y muchachas europeos de llevar en sus excursiones un cesto lleno de provisiones, es tan repugnante e indecente como lo sería su *bwakwadu* para un puritano de nuestra sociedad (véase también capítulo III, sec. 4).

Todos estos placeres, el goce que les procura el paisaje, los colores y aromas del aire libre, la vista de vastos espacios y de rincones íntimos de la naturaleza, forman parte esencial de sus diversiones amorosas. Durante horas, a veces durante días, los amantes se divierten juntos recogiendo flores y bayas para alimentarse, y gozan de su intimidad en un ambiente hermoso. Me impuse la tarea de confirmar todos estos detalles recurriendo a ejemplos concretos, pues habiendo sido impulsado a estudiar la cuestión del amor romántico entre los salvajes, quise saber si la satisfacción que procuran estos divertimientos amorosos venía únicamente de ellos o si, por el contrario, implicaba también elementos sensoriales y estéticos. Muchos de los placeres que entran en los juegos, diversiones y fiestas colectivas, forman parte también del *kwakwadu* personal.

Naturalmente, no sólo al aire libre se hace el amor. Los enamorados encuentran también ocasiones especiales para reunirse en la aldea. En el capítulo III describimos la institución especial de las *bukumatula* y las disposiciones más provisionales adoptadas por la gente joven. No obstante, es casi imposible lograr en la aldea una verdadera intimidad, como no sea de noche, lo que impone a los amantes grandes restricciones. Se acuestan el uno al lado del otro sobre un banco, hablan, y cuando están cansados de hablar se entregan al amor.

10. Conservación de los amantes

No es fácil reconstruir las conversaciones personales que, por su naturaleza, tienen lugar en la intimidad absoluta y sin testigos. Una pregunta hecha en términos generales, tal como: "¿De qué hablan un mozo y una muchacha en un *kwakwadu*?" sería acogida probablemente con una sonrisa desdeñosa o, si el hombre es amigo del etnógrafo, le contestaría con esa respuesta trivial con que se esquivo toda cuestión difícil: *Tonagowa yoku*, estás loco; en otras palabras: "No hagas preguntas estúpidas."

No obstante, pude obtener de algunos de mis amigos confidencias espontáneas que me permitieron formarme una idea de lo que pasa durante estos *tête-à-têtes*. Sea para impresionarme, sea simplemente para informarme, muchos jóvenes no pusieron reparo alguno en contarme, y esto más de una vez, lo que les había dicho una muchacha durante una

tierna entrevista y lo que ellos habían respondido. Es indudable que un amante trobriandés presume ante su amada, en la que le agrada encontrar un oyente simpático y hasta entusiasta. Ya hablé de Monakewo, que se jactaba ante mí de haber producido una impresión profunda en Dabugera y de la manera como había admirado ésta sus hazañas y virtudes. También Mekala'i estaba seguro de que Bodulela se hallaba profundamente impresionada por los relatos que él le hacía de sus proezas. Gomaya, joven jefe de Sinaketa y fanfarrón incurable, me contaba gustosamente cómo la muchacha con la que estaba prometido desde niño admiraba los relatos que él hacía de su valor personal, de sus conocimientos mágicos y de sus aventuras marítimas. En efecto, en cuanto un trobriandés comienza a hablar de sus asuntos de amor, no deja de insistir sobre la impresión que causara a su querida, impresión que nos expresa a la manera indígena, como si se tratase de una conversación real.

También les gusta a los amantes charlar entre ellos de los asuntos de los demás, y muy especialmente de los asuntos de amor. Más de una vez llegó a mis oídos un eco de estas conversaciones, gracias a un joven que me comunicaba lo que había oído contar a su amada. Aparte de estos temas, hablan entre sí de lo que hacen en aquel momento, de las bellezas de la naturaleza, de las cosas que les gustan y de las que les desagradan. También el mozo se jacta a veces de las hazañas que ha realizado en empresas que no participan las mujeres, tales como las expediciones *kula*, la pesca, la caza y la captura de pájaros con lazos.

De este modo, un asunto de amor puede participar de un rico contexto de actividades y temas de conversación; pero, naturalmente, esto varía de acuerdo con la inteligencia y la personalidad de los amantes. Los individuos ambiciosos, dotados de imaginación, no se contentarían con los placeres sexuales únicamente; pero las personas obtusas y limitadas no verán ciertamente nada que sobrepase las caricias habituales y el acto sexual.

11. Contactos eróticos

El lugar que ocupa el beso en las comunidades de los mares del Sur ofrece un interés general y siempre actual. Generalmente, se cree que el beso no se practica fuera del horizonte indoeuropeo. Los que estudian la antropología, así como los aficionados a la ópera cómica, saben que hasta en civilizaciones tan avanzadas como las de China y el Japón el beso es un gesto desconocido en el arte de amar. Un europeo se estremece a la sola idea de semejante inferioridad cultural. Apresurémonos a decir, para consolarlo, que las cosas no son tan graves como él cree.

Si se quieren apreciar bien los hechos y verlos en su perspectiva adecuada, es necesario formular la cuestión en términos más precisos. ¿Queremos saber si los labios participan en los gestos y caricias que acompañan al amor? Pues bien, esta participación es indudable. Veremos que, en efecto, la boca participa en las caricias preliminares no menos que en las fases más avanzadas. Pero, por otra, si definimos el beso de una manera más precisa, como una presión prolongada de una

boca contra otra (y creo que todas las autoridades competentes admitirán esta definición, lo mismo que el beso, así definido, constituye uno de los principales preliminares eróticos en Europa y los Estados Unidos), sería preciso convenir que, bajo esta forma, es desconocido en las islas Trobriand. Lo cierto es que el beso no constituye nunca una fuente de placer independiente y que se basta a sí misma, ni una fase preliminar definida de las relaciones amorosas, como sucede entre nosotros. Los indígenas no me hablaron nunca espontáneamente de esta caricia, y todas las preguntas directas referentes a ella me fueron contestadas con una respuesta negativa. Sin embargo, saben que los blancos "permanecen sentados, juntan boca con boca, les gusta eso". Pero ven en ello una diversión más bien insípida y absurda.

En el sentido más limitado de la palabra, el beso, como símbolo cultural, medio de salutación, expresión de afecto o acto mágico y ritual, no existe para ellos. El frotamiento de las narices (*vayauli*) a manera de salutación es raro, y sólo se practica entre parientes muy cercanos; dicen que se saludan así padres e hijos, marido y mujer, cuando se reúnen después de una separación larga. Una madre que se dispone a arrullar a su hijo, lo acaricia a menudo con la mejilla o los labios, respira sobre él o bien, abriendo la boca, la pasa suavemente por su piel a guisa de caricia. Pero el beso propiamente dicho, conforme a la técnica que nos es familiar, no existe de la madre al hijo, y, cualquiera que sea su forma, dista mucho de tener entre los indígenas la importancia tan considerable que posee entre nosotros.

La ausencia del beso en este sentido limitado acentúa la diferencia que existe, desde el punto de vista amoroso, entre los indígenas y nosotros. Estoy convencido de que los primeros no se entregan nunca a las caricias como a actos que hallen su satisfacción en sí mismos, es decir, como a gestos que formen una fase aparte y que cubren un largo período de tiempo, fuera de todo contacto físico más íntimo. Es éste un carácter local y no racial, pues estoy igualmente persuadido (véase lo dicho anteriormente) que entre los otros melanesios, entre los dobu y, probablemente, entre los motu, entre las tribus Sinaugolo y Mailu, dos amantes se contentan a menudo con encontrarse juntos, acostarse el uno al lado del otro y acariciarse recíprocamente, sin cohabitar.

Si nos hemos extendido un poco sobre la cuestión del beso ha sido para satisfacer la curiosidad general suscitada por él. Observemos ahora la conducta de los enamorados, aislados sobre su banco en la *bukumatula* o en cualquier lugar oculto del *raybwag* o de la selva. Generalmente, hay un petate extendido sobre las tablas o en el suelo; cuando la pareja está segura de no ser vista, la mujer se despoja de su falda y el hombre se quita la hoja pública. Al principio permanecerán sentados o tendidos el uno al lado del otro acariciándose recíprocamente, pasando cada cual sus manos por la piel de su compañero. A veces permanecen tendidos de modo que sus cuerpos se toquen, enlazados los brazos y las piernas. Pueden mantenerse en esta posición mucho tiempo, confesándose su amor con frases cariñosas o provocándose mutuamente (*katudabuma*). En este estrecho contacto, frotan sus narices una contra otra

y también sus mejillas y sus bocas. A medida que las caricias se hacen más apasionadas, la boca interviene más activamente; se chupan la lengua, se frotan lengua contra lengua, se chupan y muerden los labios inferiores hasta hacerse sangre, y dejan que la saliva pase de una boca a otra. Se hace gran uso de los dientes para morder las mejillas, las narices y la barbilla. O los amantes hunden sus manos en la cabellera de uno y otro y tiran de los cabellos hasta arrancar mechones de ellos. En las fórmulas de magia erótica, que, como las de otras magias, abundan en exageraciones supergráficas, se emplean a menudo las expresiones "bebe mi sangre" y "arranca mis cabellos" (véase el capítulo siguiente). He aquí los términos en que el amante de una muchacha describe su pasión erótica:

<i>Binunu</i>	<i>vivila</i>	<i>dubilibaloda</i>	<i>bigadi</i>
Ella chupa	mujer	labio inferior (nuestro)	ella muerde
<i>tagiyu</i>	<i>bimwam.</i>		
escupimos	ella bebe.		

Los rasguños eróticos son un medio más directo de herir y hacer sangre. Ya hemos hablado de este procedimiento, que constituye una especie de invitación convencional dirigida por una muchacha a un mozo. También describimos el papel que desempeña en las fiestas de la tribu (cap. IX, sec. 5). Pero constituye igualmente para los dos amantes un medio de expresión íntima de su pasión erótica:

<i>Tayobobu</i>	<i>tavayauli</i>	<i>takenu deli;</i>	
Nos abrazamos,	frotamos nuestras narices,	yacemos juntos;	
<i>bikimali</i>	<i>vivila</i>	<i>otubwaloda</i>	<i>ovilavada;</i>
ella rasguña	mujer	en espalda (nuestra)	en hombros (nuestros)
<i>sene</i>	<i>bwoyna,</i>	<i>tanukwali,</i>	<i>bitagwalayda</i>
muy	bueno, "	sabemos,	ella nos ama
<i>senela.</i>			
mucho en efecto.			

Creo que, de una manera general, la mujer recurre más gustosamente a los medios de expresión brutales de la pasión. He visto rasguños y huellas más considerables sobre los hombres que sobre las mujeres; y sólo éstas pueden llegar hasta lacerar efectivamente a un hombre, como en el caso antes mencionado (cap. IX, sec. 5). También se recurre a los rasguños durante las fases apasionadas de las relaciones sexuales. A los trobriandeses les gusta mucho mirar, como motivo de broma, la espalda de un joven o de una muchacha, para buscar en ella las señales justificativas de sus éxitos amorosos. Y jamás vi yo un guapo mozo o una chica agradable que no llevasen huellas de *kimali* en los lugares adecuados. Subordinadas a las reglas generales del buen gusto y de un tabú específico (véase cap. XIII), las huellas *kimali* constituyen un tema corriente de broma; pero los que las llevan sienten un gran orgullo secreto.

Otra expresión del sentimiento amoroso que el europeo medio encon-

traré no menos extravagante que el *kimali* es el *mitakuku*, o sea, el acto de arrancar las pestañas del amante con los dientes. Hasta donde puedo juzgar por las descripciones y demostraciones que se me hicieron, el amante se inclina a menudo con ternura o pasión sobre los ojos de su amada y corta con los dientes las puntas de sus pestañas. Según me dijeron, esta práctica se emplea lo mismo en la fase del espasmo erótico que en las fases preliminares, menos apasionadas. Jamás logré descubrir el mecanismo o el valor sensual de esta caricia. No obstante, estoy seguro de su realidad, pues no he visto en las Trobriand un solo joven, una sola muchacha, que tuviese las largas pestañas que corresponden a su tipo general. En todo caso, esta caricia prueba que el ojo es para los indígenas objeto de un gran interés carnal. El europeo romántico se entusiasma todavía menos por aquella otra costumbre que consiste en cazar los piojos que abrigan la cabellera del enamorado o de la amada y comérselos. No obstante, esta cacería es para los indígenas una ocupación que, siendo agradable en sí misma, procura a los enamorados un sentimiento de exquisita intimidad.

12. El acto sexual

Reproducimos a continuación la descripción sintética de toda la evolución de una intriga amorosa, con diversos incidentes característicos, descripción que debo a mi amigo Monakewo:

<i>Takwabwadu:</i>	<i>dakova,</i>	<i>kadiyaguma,</i>	
Hacemos el amor	nuestro fuego,	nuestra calabaza de arcilla,	
<i>kaditapwaki;</i>	<i>kada</i>	<i>gala, mwasila.</i>	<i>Bitala</i>
nuestro tabaco	alimentos (nuestros)	Vamos, no, vergüenza.	
<i>tala</i>	<i>kaytala</i>	<i>ka'i</i>	<i>kayviava;</i>
vamos (hacia)	un (bosque)	árbol	árbol grande;
<i>takakakutu;</i>		<i>taluki</i>	<i>vivila:</i>
buscamos piojos y los comemos;		decimos a	mujer:
" <i>takayta</i> ".		<i>Biwokwo,</i>	
"nosotros copulamos" (copulemos).		Ha terminado,	
<i>bitala</i>	<i>ovalu</i>	<i>ovalu</i>	<i>tala</i>
vamos	a la aldea;	en la aldea	vamos a una casa de célibes,
<i>takenu,</i>	<i>tabigatona.</i>	<i>Kidama</i>	<i>obukumatula,</i>
nos acostamos,	charlamos.	Suponiendo	estamos solos;
<i>taliku</i>	<i>yavida</i>	<i>biliku</i>	<i>dabela</i>
nos quitamos	hoja púbica (nuestra)	ella se quita	falda (suya, de ella)
<i>tamasisi.</i>			
nos dormimos.			

Lo que podría traducirse libremente: "Cuando partimos para una expedición amorosa, encendemos nuestro fuego; llevamos nuestra calabaza de arcilla (y nueces de betel para mascar), llevamos nuestro tabaco (y lo fumamos). No llevamos alimentos, pues nos avergonzaría hacerlo. Andamos, llegamos junto a gran árbol, nos sentamos bajo él, buscamos uno y otro en los cabellos del compañero y nos comemos los piojos, de-

cimos a la mujer que deseamos copular. Hecho esto, volvemos a la aldea. Una vez en la aldea, vamos a la casa de célibes, nos acostamos y charlamos. Cuando estamos solos yo me quito mi hoja púbrica, ella se quita su falda de fibra y nos dormimos.”

Respecto al acto en sí, tal vez su característica más notoria sea la posición en que se realiza.

La mujer yace sobre la espalda, separadas y levantadas las piernas y dobladas las rodillas. El hombre se arrodilla contra las nalgas de la mujer, y ésta coloca sus piernas sobre las caderas de su compañero. Pero, más a menudo, el hombre se arrodilla ante la mujer y, apoyando las manos en el suelo, se aproxima a ella; o, tomando apoyo en las piernas de la mujer, la atrae hacia él. Cuando los órganos genitales entran en contacto, la penetración se efectúa. Otras veces, la mujer estira las piernas y las apoya directamente sobre las caderas del hombre, dejando libres los brazos de éste; pero en la posición más usual, la mujer abraza con sus piernas los brazos del hombre y las deja reposar sobre los codos de su compañero.

He aquí un texto interesante que describe ambos métodos:

<i>Kidama</i>	<i>vivila</i>	<i>sitana</i>	<i>ikanupwagega</i> ;	
Suponiendo	mujer	un instante	ella yace abierta	(las piernas abiertas):
<i>kaykela</i>		<i>bima</i>	<i>ogipomada</i> .	
piernas (suyas, de ella)		esto llega	sobre nuestras caderas.	
<i>Kidama</i>	<i>ikanupwagega</i>		<i>senela</i> ,	
Suponiendo	ella yace abierta	(las piernas abiertas)	mucho,	
<i>ikanubeyaya</i>	<i>keykela</i>	<i>bima</i>	<i>o</i>	
yace muy abierta	piernas (de ella)	esto llega	sobre	
<i>mitutugu</i>	<i>kaylavasi</i> .			
las puntas de mis codos.				

Lo que puede traducirse así:

“Cuando la mujer separa sólo un poco sus piernas, sus piernas llegan (es decir, reposan) sobre mis caderas; cuando yace con las piernas muy separadas, francamente abiertas, sus piernas reposan sobre mis codos.”

El acto se realiza a veces en una posición horizontal. Tendidos el uno contra el otro, con las piernas que reposan en el suelo unidas, la mujer levanta la pierna que le queda libre hasta tocar la cabeza del hombre y la inserción se efectúa. Este procedimiento, menos popular, se emplea durante la noche en la *bukumatula* (casa de célibes). Es menos ruidoso, dicen los indígenas, y no exige mucho espacio; se recurre a él con objeto de no despertar a los demás habitantes de la casa (véase capítulo III, sec. 4).

No se emplea ninguna otra posición. Los indígenas desprecian particularmente la posición habitual de los europeos, posición que juzgan poco práctica e indecente. Naturalmente la conocen, ya que las mujeres indígenas cohabitan a menudo con los blancos y algunas de ellas están casadas con blancos. Pero, como ellos dicen: “El hombre yace pesadamente sobre la mujer; la oprime pesadamente y ella no puede responder (*ibilamapu*).”

Todos los indígenas están persuadidos de que los blancos no saben realizar convenientemente el acto sexual. Los indígenas que han servido, en calidad de cocineros o criados, en casa de negociantes, plantadores o funcionarios blancos, se han hecho una especialidad imitando los métodos de copulación de sus amos. En las Trobriand, tal vez fuese Gomaya el mejor actor de este género. Recordaba siempre a un famoso bucanero griego (conocido entre los demás habitantes de la aldea por el nombre de Nicholas Minister) que se estableciera en las islas antes de crearse en ellas una oficina gubernamental. La representación de Gomaya consistía en mimar una posición horizontal harto incómoda y torpe y en hacer unos cuantos movimientos blandos e inacabados, caricaturizando de este modo la brevedad y falta de vigor del acto sexual a la europea. En efecto, según los indígenas, el europeo acaba el orgasmo demasiado pronto; y, a este respecto, es indudable que el melanesio emplea mucho más tiempo y una suma mayor de energía mecánica para alcanzar el mismo resultado. Esto, añadido a la desventaja de la posición extraña a ellas, explica las quejas de las muchachas indígenas, que no se creen debidamente correspondidas por los blancos. Más de un informador blanco me ha asegurado que la única palabra indígena que había aprendido era *kubilabala* (“moverse horizontalmente”), por haberle sido repetida insistentemente durante el acto sexual.

Este verbo designa, en efecto, los movimientos horizontales que, según la costumbre indígena, deben realizar el hombre y la mujer durante el acto sexual. El sustantivo *bilabala* significa originalmente tronco horizontalmente tendido, y la palabra *bala*, como raíz o prefijo, implica el sentido general de lo horizontal. Pero el verbo *bilabala* no implica la inmovilidad del tronco, sino, por el contrario, la idea de movimiento horizontal. Los indígenas consideran que la posición en cuclillas es la más cómoda, primero porque deja al hombre más libertad de movimientos que si estuviese de rodillas, y luego porque estorba menos los movimientos de réplica de la mujer —*bilamapu*, palabra compuesta de *bila*, de *bala*, horizontal, y de *mapu*, que significa réplica o respuesta—. Además, la posición en cuclillas permite al hombre ejecutar movimientos de avance y retroceso (*mtumuta*), elemento dinámico que contribuye mucho al éxito de la cópula. Otra palabra, *korikikila*, implica al mismo tiempo los actos de frotación e impulsión que hacen parte del movimiento copulatorio.

Quando el acto avanza y los movimientos se hacen más enérgicos, el hombre, según me han dicho, espera a que la mujer esté dispuesta para el orgasmo. Entonces aplica su rostro contra el de la mujer y abraza su cuerpo levantándolo hacia él, en tanto que ella pasa sus brazos en torno del cuerpo del hombre, hundiéndose generalmente sus uñas en la piel de su compañero. Para designar el orgasmo se sirven de la expresión *ipipisi momona*, emisión del líquido seminal. La palabra *momona* designa a la vez secreción del hombre y de la mujer; como ya lo sabemos, los indígenas no diferencian claramente, en efecto, la esperma del hombre de las secreciones glandulares de la mujer o, al menos, sus funciones respectivas. La misma expresión *ipipisi momona* se aplica a las polucio-

nes nocturnas (del hombre o de la mujer). La eyaculación provocada por el onanismo se llama *isulumomoni*, "desbordamiento de líquido seminal". La masturbación del hombre se llama *ikivayli kwila*, "él manipula su pene"; la masturbación de la mujer se describe en frases concretas y no tiene nombre específico.

Monakewo me hizo un interesante relato personal que ilustra alguno de los puntos que acabo de mencionar. Fue poco discreto de su parte hablar de su amante por su nombre; si yo no doy pruebas de mayor discreción, puedo invocar como excusa mi afición de etnógrafo por los ejemplos concretos.

"*Bamasisi deli Dabugera; bayobolu,*
Me acuesto con Dabugera; yo abrazo,
bavakayla, bavayauli. Tanunu dubilibaloda,
la estrecho toda, froto las narices. Chupamos labios inferiores nuestros,
pela bi' ulugwalayda; mayela tanunu;
porque nos sentimos excitados; lengua (su) chupamos;
togadi kabulula; togadi kala gabula; togadi
mordemos su nariz; mordemos su barbilla; mordemos
kimwala; takabi posigala
mandíbula (mejilla) su; tocamos (acariciamos) axilas, sus
visiyala. Bilivala minana: "O didakwani,
ingles sus. Ella dice esta mujer: ¡Oh, esto me hace cosquillas,
lubaygu, senela; kwirikikila
mi amante, mucho; frota y empuja
tuwayla, bilukwali wowogu —
todavía más, es agradable cuerpo mío —
kwopinaviyaka, manakwa bipipisi
hazlo vigorosamente, rápido (para que) salga
momona: — kwalimtumutu tuwayla bilukwali
líquido seminal: — avanza más es agradable
wowagu."
cuerpo mío."

Traducción libre:

"Cuando estoy acostado con Dabugera la abrazo, la estrecho con todo mi cuerpo, froto mi nariz contra la suya. Chupamos mutuamente nuestro labio inferior, lo que nos excita hasta la pasión. Nos chupamos las lenguas, nos mordemos las narices, las barbillas; nos acariciamos las axilas y las ingles. Ella dice entonces: "¡Oh amado mío!, eso me hace muchas cosquillas..., empuja de nuevo; todo mi cuerpo se derrite de placer...; hazlo vigorosamente; sé rápido, para que el líquido brote...; empuja de nuevo, mi cuerpo siente tanto placer..."

El mismo informador me citó el ejemplo siguiente de conversación sostenida después del acto, cuando los dos amantes reposan en brazos uno del otro:

"*Kayne tombwaylim yaygu?"*
"¿Soy amada tuya yo?"

"*Mtage! nabwayligu yoku — sene*
"¡Sí! mi amada tu — mucho
magigu; tuta, tuta, bitakayta; sene
deseo mío; siempre, siempre, nosotros copulamos; mucho
migimbwayligu migim tabuda!"
tu rostro amado por mí tu rostro primos hermanos!"
"*Gala magigu bukuyousi nata vivila*
"No deseo mío que tomes una mujer
Nava'u; yoku wala, yaygu."
nueva mujer; tú en efecto, yo."

"¿Soy tu amada?" "Sí, tú eres mi amada, te quiero mucho; siempre, siempre copularemos. Quiero mucho tu rostro; es el de una prima hermana (la mujer indica para mí)." "No quiero que tomes nueva mujer, sólo tú y yo."

Se me informó que las relaciones entre gentes casadas se efectuaban de la misma manera; pero, como lo muestra el texto siguiente, la pasión disminuye con el tiempo.

Vigilav'u imasisi kwaytanidesi
Recién casados ellos duermen un solo
kabasi; bimugo vayva'i bikwaybogwo,
lecho suyo; madura matrimonio es antiguo,
kwayta kabala, kwayta kabada Bisala'u
un lecho ella, un lecho nuestro. Si enérgicos
uwasi, magisi, bikaytasi, bikenusi
sus cuerpos, sus deseos, copulan, yacen
deli bikamitakukusi bivayaulasi,
juntos se muerden las pestañas se frotan las narices,
bigedasi.
se muerden.

"Las gentes recién casadas duermen en el mismo lecho. Cuando el matrimonio está avanzado, cuando es antiguo, ella duerme en una cama y nosotros (es decir, el marido) en otra. Cuando se sienten sexualmente vigorosos, desean copular; entonces yacen juntos, se muerden las pestañas, frotan sus narices, se muerden uno a otro."

Mi informador, Tokulubakiki, quiso hacerme comprender que hasta gentes casadas desde tiempo atrás podían comportarse a veces como amantes.

Para concluir¹, quiero llamar la atención del lector sobre los datos suministrados por el doctor W. E. Roth y otros informadores, relativos a la vida sexual de los aborígenes de Australia². El tema es de una im-

¹ Compárese también lo que dije antes respecto a las ideas indígenas concernientes a la anatomía y la fisiología de la procreación y sobre el mecanismo psicofisiológico de la atracción amorosa, cap. VII.

² Doctor W. E. ROTH, *Ethnological Studies among the North-West Central Queensland Aborigines*, 1897, y H. H. BASEDOW, en *J. A. R. I.*, 1927: "Subincision an Kindred Rites of the Australian Aboriginal", págs. 151-156.

portancia considerable, ya que el mecanismo descrito por estos autores es muy característico de la naturaleza toda de los contactos eróticos. La manera como los aborígenes del Queensland realizan el acto sexual se parece mucho a la que acabamos de describir. En ambas regiones este acto puede realizarse con un mínimo de contacto corporal. Lo que, a mi entender, explica en gran parte la falta de discernimiento demostrada por ciertos mozos que, a pesar de su juventud y hermosura, fornican a veces con mujeres viejas y repulsivas. Por otra parte, cuando la pareja se ama realmente, el hombre puede inclinarse sobre la mujer o ésta levantarse hacia aquél para lograr un contacto tan completo e íntimo como pudiera desearse.

CAPITULO XI

MAGIA DE AMOR Y DE BELLEZA

Tal vez nada se asemeje tanto a esa condición misteriosa y emocionante que llamamos "enamorarse" como la expectación mística de una intervención milagrosa y de acontecimientos favorables e inesperados que se apodera de todo hombre en ciertos momentos psicológicos, y que constituye la base de la creencia humana en la magia. Cada uno de nosotros siente el deseo de escapar de la rutina y la certidumbre, y puede decirse, sin exageración, que a los ojos de la mayoría de los hombres no hay nada tan triste y deprimente como la rigidez y determinación con que el mundo sigue su curso; nada más desagradable que las frías verdades de la ciencia que expresan enfáticamente el determinismo de la realidad. Los más escépticos se rebelan a veces contra el ineludible encadenamiento causal que excluye lo sobrenatural y, con él, todos los golpes de azar y de buena suerte. El amor, el juego y la magia tienen mucho de común.

En una comunidad primitiva, todavía no sometida al yugo de la ciencia, la magia forma la raíz de innumerables creencias y prácticas. *Megwa*, que puede traducirse casi exactamente por nuestra palabra "magia", es, para el trobriandés, una fuerza que reside en el hombre, transmitiéndose de generación en generación a favor de la tradición. Esta fuerza sólo puede hacerse activa ejecutando un ritual apropiado a la ocasión, recitando encantamientos adecuados y observando tabúes específicos. En todos los asuntos relacionados con el amor, la *megwa* es de capital importancia. Puede dotar de atractivos y engendrar amor; puede destruir el afecto de un esposo o de un amante, y puede producir o realzar la belleza personal.

1. La importancia de la belleza

La magia, cuyo fin es realzar el atractivo personal de un individuo hasta hacerlo eróticamente irresistible para una persona del sexo opuesto, es sólo una de las numerosas variedades de la magia de la belleza. La apariencia y el atractivo personal no sólo se aprecian desde el punto de vista amoroso. Sabemos, por ejemplo, que una mujer que se halla en su primer embarazo es sometida a un complicado ritual, con encantamientos destinados a realzar su belleza personal, sin que se trate en